ESPINOSA PINA Y ORTIZ

LA DECENA ROJA

Estud

BRM Ej.3





INEHRM

oluciones de México

La Decena

- - Roja - -

La Revolucion Felixista. Caida del Gobierno Maderista. Elevacion al Poder del General

Victoriano Huerta



Por

GONZALO N. ESPINOSA

- JOAQUIN PINA -
- . Y CARLOS B. ORTIZ

Mexico. Marzo de 1913

54606

BRENRM

INEHRM

PALABRAS PRELIMINARES.

Como testigos presenciales de los hechos; admirados del valor de nuestro glorioso Ejército; deseosos de que las generaciones futuras vean en los hechos que narramos una enseñanza de lo que son los Gobiernos débiles y del desastre que acarrean á los pueblos que les toca sufrirlos; relatamos los sucesos que se desarrollaron durante los últimos días del Gobierno maderista.

LOS AUTORES.

INEFIRM

La revolución está justi .cada

La revolución felixista está justificada. No podía subsistir el orden de cosas que hacía vacilar á la República entre la revolución y la anarquía. No podía continuar el Ejército destrozándose en una campaña que se emprendia ya desde el año de 1910 con resultados desastrozos por la falta de organización militar por parte del Gobierno de Don Francisco I. Madero. Había, pues, necesidad de que, en el corazón de la República, se asestara al maderismo rampante que se había apoderado del poder aprovechando un momento de locura nacional, un golpe de muerte.

Así lo pedían á gritos todas las clases sociales; el humilde jornalero, vuelto ya de su sueño de reivindicaciones á que lo llevara la revolución maderista; el comerciante que contemplaba cómo la quiebra de casas poderosas estaba acarreando la suya propia; el industrial, amenazado por la huelga de los agitadores maderistas que se habían refugiado en el mismo departamento del Trabajo; el obrero puesto en pugna con el industrial por los agitadores; el profesional, que sufría el asalto de las nulidades que arrivaban en las espaldas del maderismo; el político de buenas intenciones consumido en la inútil es

pera de un cambio, y que comprendía que la familia Madero, entronizada en el Poder, no lo dejaría nunca, pues ya se hablaba de trabajos electorales á favor del Sr. D. Gustavo Madero, para el próximo período presidencial.

Y también los revolucionarios. Los revolucionarios que no plegaban, para seguir la frase de José María Lozano, la bandera de sus ideales; á los que comprendían toda la tremenda desgracia que se cernía sobre nuestro País, á los que juzgaban inminente la ruina de todo la que el gran Porfirio

Díaz logró hacer de nuestra Patria.

En estas condiciones la prensa independiente, que lo era en su mayor parte toda la publicada en la República, alentó en el ánimo del Ejército la idea de la sublevación militar. Primeramente fueron artículos en los que á penas se eshozaba la idea de la revolución del Ejército; más tarde "La Tribuna," órgano de uno de los Diputados más combatidos por el elemento gobiernista, D. Nemesio García Naranjo, planteó la cuestión en forma clara y precisa, y á diario en sus informaciones, que no eran sino notas políticas, y casi todos los días en sus editoriales, llamó al Ejército al cuartelazo.

Los artículos de "La Tribuna" eran leídos en toda la República. La oficialidad se los pasaba de mano en mano; los periódicos de provincia los reproducían; en una palabra, la propaganda para la sublevación militar era

constante y formidable.

Esto ocurría días antes de que estallara el movimiento encabezado por el señor Ge-



El General Díaz y un grupo de defensores en la Ciudadela

INEHRM

Revoluciones de México

neral D. Félix Díaz, en Veracruz. La revolución fracasada en el puerto había sido considerada antes de su extinción como la segura caída del Gobierno. No sucedió en tal forma; pero puede decirse que el cuartelazo de los señores Generales Reyes, Díaz y Mondragón, en la ciudad de Míxico, no fué sino fruto de aquel movimiento, pues por los procedimientos empleados en la lucha; por el encarnizamiento de la misma, y por la bravura de los que pelearon en ella, se vió claramente que estaban decididos á sucumbir antes que á entrar en arreglos con el maderismo que, por medios ilícitos más que por la fuerza, había logrado un triunfo en Veracruz.

La derrota del General Díaz en Veracruz no había hecho, en realidad, sino avivar los deseos de todos los enemigos del régimen maderista, de que cayera el Sr. Madero y dejara el lugar á un hombre más apto. Se vió claramente el anhelo nacional por que el Sr. Madero abandonara el poder, reflejado en la prensa, en la que aparecían excitativas para que renunciara el Jefe de la Nación. Parece que hasta formalmente alguien propuso la renuncia; pero sin ningún resultado que aliviara á la Nación del peso enorme de la fa-

milia reinante.

La Cámara de Diputados cooperaba también al levantamiento por la actitud de algunos de sus miembros que habían conquistado simpatías generales en toda la Nación gracias á su labor obstruccionista al Gobierno del Sr. Madero.

El señor Diputado D. Querido Moheno había pronunciado un discurso atácando al Ejército por su actitud de defender á un Gobierno que tenía compromisos con los Esta-

dos Unidos del Norte.

Por falta de tacto político y por la precipitada salida del Sr. Lic. Luis Cabrera, Jefe del elemento renovador de la Cámara, ésta estaba á punto de convertirse en su mayoría en oposicionista, y cada tarde los oradores del grupo independiente minaban el prestigio del Gobierno con discursos que eran ávidamente leídos en toda la Nación, y que llevaban el mérito de haber sido ruidosamente aplaudidos en la Cámara.

En la calle, en los salones de reuniones públicas, en los hogares, la propaganda contra el Gobierno era intensa á un grado tal que ningún acontecimiento llamaba la atención si no estaba relacionado con los asuntos

politicos.

El Lic. Manuel Calero, ex-Embajador y Senador, había logrado una victoria contra el Gobierno impidiendo que el empréstito de los cien millones que solicitaba el Ministro de Hacienda, pudiera conseguirse y esto originaba un desprestigio muy grande para el Gobierno en el extranjero, á donde llegaban a diario las noticias de nuevos levantamientos, de asesinatos, de saqueos, de todos los horrores que se cometían bajo el régimen maderista.

Podía calcularse en cincuenta mil el número de rebeldes diseminados en todos los Estados de la República, muchos sin bandera,

pero todos antimaderistas.

La falta de trabajo hacía que engrosata el número de levantados en armas y de bandoleros y la situación empeoraba cada día.

La necesidad de un Gobierno fuerte y respetado, era notoria. A ella tendían las aspiraciones de todos los mexicanos y de los extranjeros, que abandonaban sus negociaciones y dejaban todo por la absoluta falta de garantías.

La intervención estaba, á no dudarlo,

muy próxima.

En estas condiciones se formó la junta revolucionaria de la que nos ocuparemos más adelante, y que inició y llevó á cabo todos los trabajos que orillaron á la caída al Gobierno pasado.

La lucha que emprendieron los hombres que sacaron de la prisión al señor General Díaz tenía que ser victoriosa: creía en la derrota: parecía un acto de aquellos en que todas las fuerzas del destino se unen para su realización.

El Senado, la única institución respetada por el Gobierno maderista en los tremendos días de la decena roja, precipitó la caída del Gobierno y elevó al señor General D. Victoriano Huerta al Poder.

Ahora, cuando en pocos días los revolucionarios del Norte se han sometido y hasta los bandidos deponen su actitud hostil recordando la necesidad de paz, cuando todos los elementos se ponen al servicio del Gobierno para ayudarle en su labor pacifista; cuando la calma vuelve á los espíritus y en el extranjero se reconoce que ha mejorado la situación podemos afirmar con nuestra sinceridad di hombres honrados: la revolución militar de Febrero, está justificada,

El Alma de la revolución

Los caudillos de la revolución que origino el golpe de Estado, fueron los señores Generales D. Félix Díaz, D. Manuel Mondragón, D. Bernardo Reyes y D. Gregorio Ruiz; D. Cecilio Ocón y Lic. D. Rodolfo Reyes.

De todos estos hombres ninguno más hábil y más audaz para la organización del

movimiento, que Cecilio Ocón.

La historia, cuando los hechos puedan juzgarse con más detenimiento, cuando la impresión del momento permita á los hombres de estudio fijar su atención y deducir precisa y claramente, dirá quienes de entre los rebeldes desarrollaron mayores energías; pero á nosotros nos consta la sorprendente actividad de Ocón, su fe en que el movimiento tenía que dar resultados satisfactorios, sus luchas contra todos los obstáculos y su audacia para conquistar voluntades férreas que á la hora de la lucha serían las que decidieran el triunfo.

Ccilio Ocón es mazatleco, hijo del señor D. Cecilio Ocón y de Doña Radolf de Ocón; el primero mexicano y la dama hija

de familia inglesa.

A la caída del Gobierno del señor General D. Porfirio Díaz, Cecilio Ocón tuvo que fugarse de Mazatlán porque las fuerzas revolucionarias trataban de matarlo por el empeño que había desplegado para defender el régimen porfiriano.

Ocón luchó desesperadamente por sos-



Señor General don Bernardo Reyes.

INEHRIM

tener al General Díaz. Proprocionó dinero de su peculio para el sostenimiento de las fuerzas federales que se encontraban guarneciendo el puerto del Pacífico. Usó miles de artimañas para poder llegar hasta donde el bravo Coronl D. Luis G. Morelos, peleaba y allí llevó á aquel indomable militar elementos necesarios para que prosiguiera en la lucha.

Cuando la revolución vencía al Gobierno en el Estado de Sinaloa, Ocón seguía luchando por sostener al régimen porfirista y
con elementos de guerra ó con las armas en
la mano, formaba el último reducto del Gobierno que se desmoronaba

Expulsado de Mazatlán, donde había hecho negocios comerciales de gran cuantía y que revelaban en él al hombre audaz y de ambiciones, Ocón sintió indignación cuando vió que era objeto de venganzas por parte de los hombres del nuevo regimen, que empezaban á perseguirlo, apoderándose de sus negocios

Sus convicciones de patriota; la certeza de que el maderismo era fatal para México, lo hicieron resolverse por iniciar una propaganda activa contra el Gobierno.

Se reunía con periodistas de oposición y se daba á conocer en círculos sociales para llevar á todas partes sus ideas contra el Gobierno. Pronto necesitó desplegar mayores actividades para sus energías; fundó un periódico en Guadalajara empleando para ello los últimos restos de su fortuna y en aquel diario atacó rudamente al maderismo.

Sus amistades fueron cada día mayores

n los círculos de persons pudientes que le acilitaron elementos para que iniciara la

ampaña para la sublevción militar.

Hace seis meses que el joven político entregó de lleno á minar el maderismo. Impezó á comprar parque para enviarlo á os hombres que se alzaban en armas contra l Gobierno; mandó delegados á todos los evolucionarios; incitó á la rebelión en todas artes.

Para poder disponer de un centro done se reunieran los conspiradores sin inspiur sospechas compró en unión de varias ersonas el hotel Majestic, situado en el misno corazón de la ciudad, en la Avenida de an Francisco, y allí empezaron á celebrar, untas y á tener conferencias con el instigaor, varios militares que escuchaban con deite la doctrina de demolición que se les espiraba.

La semilla revolucionaria la sembraba Ocón con gran rapidez. Habló con centenaes de oficiales y á todos ellos con infinita udacia, los invitaba desde luego á alzarse

ontra el Gobirno.

—No encontré uno que me traicionamos decía hace poco.—Todos me oían y, afiliaban á la causa de la revolución.

El Coronel D. Gaudencio de la Llave, ublevado en Puebla, recibía parque constanamente; Higinio Aguilar también y muchos abecillas del Sur encontraban á los agentes e Ocón, que, para poder llevarles quiniens cartuchos tenían que erogar gastos crecisismos hasta de mil pesos.

El soborno y la amenaza fueron emplea-

dos para la policía, que bajo las órdenes del Sr. Teniente Coronel López Figueroa no podía encontrar el hilo de la conspiración presentida por el Gobierno.

Se avanzaba mucho con esta obra de propaganda. El número de complicados cre-

cía cada día más y más.

En Puebla, Morelos, Toluca y en algunos otros puntos había jefes militares comprometidos para iniciar el movimiento cuando

para ello recibieran órdenes.

En el Hotel Majestic se construía constantemente y constantemente se demolía, con el pretexto de hacer reformas, hacían fingidas reparaciones materiales; y la policía ignoraba que en los carros de material entraban millares de cartuchos que luego salían ocultos en poder de los agentes de la revolución.

Los jefes militares de toda la República recibían, señalados con lápiz rojo, los periódicos que incitaban al Ejército á la rebelión, y las proclamas de los levantados en armas.

Y todo esto era obra de un sólo hombre, Ocón, que dedicaba veinte horas diarias á esta labor.

¿Qué participación tuvo Ocón en el movimiento cuando una denuncia hizo que se precipitaran los conspiradores para dar el

grito de rebelión?

En el curso de nuestro relato lo diremos; bástanos, por ahora, repetir nuestra aseveración de que el hombre que tratamos de describir fué, para seguir la frase ya consagrada, el alma de la revolución felixista.

Estamos perdidos

El día anterior al levantamiento de los jefes militares que habían de decidir del derrocamiento del señor Presidente Madero, Cecilio Ocón se presentó ante el Sr. Lic. D. Rodolfo Reyes para comunicarle que la situación era desesperada para los conspiradores.

Aprovechando informes que le habían suministrado sus agentes más cercanos al Gobierno, Ocón supo que los Cuerpos que estaban comprometidos para el levantamiento ya habían sido divididos por orden de la Secretaría de Guerra, quedando en esta forma en la imposibilidad de reunirse y marchar en columna compacta á iniciar la rebelión.

El complot estaba, sin duda alguna, descubierto.

Al Hotel Majestic, entraban los militares ese día con todo descaro. Ya no les preocupaba la policía ni que se fijaran en ellos las sospechas de la gente del Gobierno; lo hacían todo como si ya se hubieran declarado en abierta rebelión.

En las primeras horas de la noche, Ocón celebró una conferencia con el Sr. Lic. Reyes, y se decidió dar el golpe la misma noche, costara lo que costara, y exponiéndose á todo antes que caer indefensos en las manos de Gobierno y ser pasados por las armas, sin antes combatir y defenderse.

De la opinión del Sr. Ocón fué el licenciado Reyes, y ambos se dirigieron á ver al

señor General Manuel Mondragón en su residencia de Tacubaya.

Se habló poco, porque se consideraban preciosos los instantes y había que aprove-charlos.

El señor Coronel Aguillón, que tenía a su cargo la jefatura del primer Regimiento de Artillería, se negaba á declararse en rebelión la misma noche por creer que la oficialidad estaba alejada del cuartel y porque consideraba prematuro el movimiento. No obstante se le convenció de la necesidad de preparar todo lo necesario para antes de una hora estar sobre las armas y combatir contra el Gobierno.

Ocón tuvo un rasgo de talento que lo acreditaría por sí sólo si no fuera ya conocida la personalidad de dicho señor, como uno de los más activos propagandistas é inciadored del movimiento. Al oir el argumento de que el señor Coronel Aguillón no podía disponer de sus fuerzas porque estaba sin oficiales, dijo:

—Está bien. Espéreme usted aquí, que dentro de quince minutos estarán todos los Oficiales á sus órdenes.

Todos los sitios donde suponía Ocónique se encontraran los rebeldes, fueron recorridos en un automóvil y con tal rapidez que en breves minutos logró reunir á la Officialidad y llevarla al Coronel Aguillón. Este señor al ver á sus amigos se animó mucho y luego se distinguió notablemente por su valor y actividad á la hora de más peligro.

El señor General Mondragón lo disponía todo con gran serenidad. Para él no había motivo de alarma y nada le inquietaba. Expidió la orden en que debería organizarse la columna de ataque y dictó las últimas disposiciones para que cayeran, los militars encargados de ello, sobre las casas de los señores Pino Suárez, Gustavo Madero y Secretarios de Estado que inspiraban pequeños temores de que se opusieran á una solución pacífica y sin derramamiento de sangre, á los planes de los conjurados.

El señor General D. Gregorio Ruiz se mostró muy inteligente en aquella última ljunta y cooperó con el señor General Mondragón para que la iniciación del movimiento, no obstante las dificultades que se presentaban, tuviera el éxito apetecido.

La suerte de los conspiradores estaba échada desde aquellos momentos. O vencían ó morirían todos; pero retroceder ó huir se

ría imposible.

La Escuela Militar de Aspirantes, donde el carácter militar está formado con celo y dedicación paternales por los Oficiales encargados de ello, era el punto de mira de los del levantamiento contra el Gobierno del senor Presidente Madero.

En aquel puñado de jóvenes que en la flor de la vida se instruía para formar el nervio del Ejército, estaban puestas las mitadas de los hombres que trataban de derrocar un régimen en el que parecía naufragar la República, ¡La juventud, la sana juventud de sangre ardorosa, de entusiasmos expontáneos, solamente podrá salvar al país!

La Oficialidad de la Escuela abrigaba, en su mayor parte, las ideas legalistas que



Señor General don Félix Díaz.

INEHRM

evoluciones de México

el Gobierno se encargaba de propalar para no perder el apoyo del Ejército; pero entre los más jovencitos la idea de la rebelión se abrigaba con entusiasmo inmenso.

Los Oficiales Mendoza, Zurita y Escoto, éste y el primero viejos camaradas desde la época en que iniciaron su carrera en el brillante Cuerpo de Gendarmes del Ejército, y el segundo fogueado ya en la campaña del Norte, cuando las fuerzas del General Da José González Salas fueron batidas por los guerrilleros orozquistas, se reunían para discutir la necesidad de derrocar al régiment maderista.

De estas juntas salían cada vez más animados. Un compañero de ellos, el Teniente Kurzyn, lo animaba también para la lucha. Kurzyn había sido el héroe de la hecatombe de la Cima, donde los vándalos encabezados por Genovevo de la O. consumaron la más espantosa matanza de gente indefensa y de soldados federales. Herido y á punto de morir, el bravo Oficial había tratado de defenderse y fué salvado por un grupo de personas que hicieron notar al cabecilla zaspatista la necesidad de que se respetara ál un valiente. Tres días antes del levantamiento fué condecorado por su valor, por el señor Presidente Madero.

Con iguales bríos, los cuatro Oficiales esperaban el momento decisivo y sólo en algunas ocasiones deslizaban entre sus subordinados, los alumnos de Caballería y de Infantería de la Escuela, la necesidad de acaban con el mal Gobierno.

El General Torroella cometió algunas torpezas al tratar á los aspirantes que le

das labores de la instrucción; y el Gobierno trató despectivamente á la Escuela que "no era igual á la del Colegio Militar," según frase oficial.

Una comisión encargada de ver al Presidente de la República para pedirle las vacaciones llevó á la Escuela la noticia de que el Jefe de la Nación no era digno de respeto, pues que había sido maltratado en presencia de todos los comisionados y aún de algunas personas extrañas, por el aspirante que llevó la palabra en aquella ocasión.

El terreno era, pues, propicio. Faltaba sólo que alguien llamara al patriotismo de los estudiantes para poder llevarlos hasta la

ducha armada contra el Gobierno.

Fueron los Oficiales Mendoza, Zurita, Kurzyn y Escoto, los que se encargaron, en el momento propicio, de incitar á la rebelión á los cadetes de la Escuela Militar de Aspirantes, que en esta rebelión tiene que ocupar el primer lugar, por la bravura que demostraron los jóvenes combatientes, por el arrojo con que fueron invitando á los soldados de línea á unírseles en su marcha hacia el Palacio Nacional; por la indomable bizarría de los que lucharon en la Ciudadela y de los que cayeron prisioneros, de los que se defendieron en la torre de Santa Inés, y de todos, que nos parece igual la participación que tuvieron.

El levantamiento

México despertó de un sueño el domingo nueve de Febrero para entrar en una ho-

rrible pesadilla.

-Madero ha sido preso en Chapultepec por los cadetes, y los alumnos de la Escuela. de Aspirantes se han posesionado del Palacio Nacional, fueron las palabras que por todas partes se escuchaban.

-Gustavo Madero fué aprehendido en los momentos que pasaba por Palacio á bordo de un automóvil en el que llevaba gran cantidad de armamento y parque, se decía por otro lado.

Más allá se aseguraba que el Presidente de la República había sido fusilado, corriendo igual suerte su hermano, que se decía había tratado de oponer resistencia á las fuerzas aprehensoras.

¿Qué había de cierto en todo ésto?

Las criadas que habían salido por la primera compra, muy de mañana, aseguraban á sus ptrones, á los que habían ido á despertar exprofesamente, que don Anselmo, el que trae la leche de Tlálpam para "La Consumidora," había dicho que por la calzada pasaron los aspirante á caballo como si los persiguieran, y que más tarde vió pasar un tren repleto de jóvenes cadetes; que "había bola;" que el Zócalo estaba lleno de muertos.

La alegría subió al rostro de todos aquellos inconformes con el Gobierno, al saber la noticia, y no faltaron gestos de contradicción

ó desesperanza en los rostros de los simpatiza-

dores de aquél.

Las horas habían transcurrido, y una gran mayoría de los habitantes de la gran urbe, curiosa se dirigia hacia el centro de la ciudad, para ver con sus asombrados ojos el hecho que se les había narrado, y el cual todavía no podían creer.

Compacta muchedumbre putulaba por las calles, con dirección al palacio de los virreyes, "para ver si era cierto" lo que les andaban

contando."

Efectivamente los balcones y azoteas se encontraban pletóricos de aspirantes, los cuales habían ocupado también las torres de Catedral y dominado otras alturas. Hacían guardia soldados del vigécimo batallón.

La multitud se aglomeraba más y más frente á Palacio, y los soldados se ponían en dispositivo de combate, pecho á tierra, en línea de tiradores. Muchos de los curiosos, abrigando serios temores de que se entablara una lucha, fueron retirándose lentamente, y á los pocos pasos una descarga cerrada dejó escucharse, y siguió después el lúgubre matraqueo de una ametralladora.

Habían llegado fuerzas que trataron de penetrar á Palacio y fueron rechazadas. ¿De quién eran esas fuerzas?—Del General Reyes, contestaron unos.

¿Entónces, por qué de Palacio, que tenían los aspirantes le dispararon?

Esto fué un misterio para todos.

La gente huia desesperadamente. El pánico más indescriptible se había apoderado de todos los espíritus. Los fusiles y ametraliadopavimento de la Plaza de Armas caían inan mados muchos séres inocentes que minuto antes estuvieron presenciando la pelea.

La muerte envuelta en su manto se ocutaba tras la densa humareda de la pólvora.

La gente seguía huyendo, y los tiros d fusilería eran cada vez más nutridos, más ceteros, más criminales. El suelo se cubría d heridos y cadáveres; parecía aquello un camp maldito asolado por la muerte.

La gente corría.... corría, temerosa pos su vida, y jadeante y despavorida regresaba sus casas á referir lo que sus ojos habían vist á explicar la sensación que su alma había exprimentado.

Nadie se daba cabal cuenta de los acontecimientos. ¿El Gobierno seguía en su puesto ¿Los alzados habían sido exterminados ó hbían triunfado?

Ninguna de estas preguntas podían cotestarse de manera satisfactoria. Se comenta ba de mil maneras el acontecimiento, hacían deducciones más ó menos ilógicas, se hacían suposiciones descabelladas ó cuerdas pero nadie, absolutamente nadie, podía sabella la verdad de los hechos.

Se tenía sed de noticias y había verdo dera espectación esperando que alguno de lo periódicos diarios publicara una informació de los acontecimientos, para saber la aproximada verdad de ellos.

¿Qué había sucedido?

El plan revolucionario fraguado desde hace tiempo y aprobado para derrocar al Gobierno maderista, se estaba desarrollando al pi

de la letra, por los valientes alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes y una gran parte

de la artillería federal.

En el artículo siguiente señalamos cómo fué la salida de los cadetes de su Escuela, en la que respetaron al Coronel Vallejo, por quien todos los alumnos sentían gran cariño y la manera como se portaron en el combate.

A las tres de la mañana del domingo 9, en la Escuela de Aspirantes empezaron á hacerse preparativos de marcha. Minutos antes, varios oficiales de dicho plantel habían penetrado á los salones dormitorios lanzando este grito que encerraba una suprema reivindicación: "¡Arriba los hombres de honor! ¡Abajo el mal Gobierno!"

Los jóvenes militares, abandonando el el lecho se aprestaron desde luego á contribuir con su poderoso contingente á derrocar al mal Gobierno del que antes les hablara uno de sus Oficiales más queridos, el Capitán Mendoza. El señor Coronel Angel Vallejo, Director del Establecimiento, dormía profunda-

mento bajo la acción de un narcótico.

En un principio se creyó que los aspirantes hacían preparativos para salir á defender Peña Pobre tan constantemente amagada por los zapatistas. Los bravos cadetes cruzaban veloces los departamentos lanzando hurras y vítores, dando muestras de un indecible contento. Salieron de la Escuela, y al traspasar la puerta se les unió la guardia. Unicamente quedaron en el interior del plantel de veinte á veinticinco alumnos enfermos, á los cuales ni siquiera se les había dado á co-

nocer de lo que se trataba. Las secciones de alumnos se dirigieron á la Estación de los tranvías eléctricos á donde habían de llegan varios trenes que de antemano se habían solicitado para ser trasladados á la capital. Pero los tranvías no llegaban. Creyeron de momento que se les tendía una celada, pero este temor pasó con la misma rapidez con que surgiera.

Se discutió la manera de marchar sobre la ciudad, y se acordó que la sección de Caballería se dirigiera á escape á la capital, y las compañías de Infantería esperarían la llegada del primer tren para ser trasladados.

Inmediatamente se puso en práctica este acuerdo, y los alumnos de Caballería pronto se perdieron en la obscuridad de la mañana fria.

Los alumnos esperaban ansiosos la llegada del primer tren ordinario. La caseta del despachador permanecía cerrada. La obscuridad envolvía en su manto de tiniebla la población. Al fin, allá en el fondo, por la espesa arboleda de la calzada se vió un tren que á escape se dirigía á la Estación, iluminando con su fanal de luz los lugares por donde pasaba.

Varios gendarmes fueron anteriormente desarmados por algunos aspirantes, como medida precautoria. Los cadetes tomaron por asalto el tren, é intimaron al motorista para que los condujera á la capital, con la mayor, rapidez posible.

El tren marchaba vertiginosamente. Los árboles y casas pasaban rápidamente para

continuar envueltos en la sombra.

Empezaba á aclarar el día. Los aspiran-

tes acordaron que el punto de reunión sería la calzada de San Antonio Abad, y al llegar á este punto ya los esperaban los alumnos de Caballería.

Bajaron todos, y con sus armas preparadas empezaron la marcha sobre el Palacio Nacional. A su paso los aspirantes iban desarmando á los gendarmes y obligándolos á guardar el secreto bajo pena severa en caso contrario.

Se dividieron en dos grupos iguales, y por las calles de Flamencos y Cinco de Febrero, los aspirantes se encaminaron al Palacio Nacional, despuís de que una avanzada de diez alumnos montados regresó á dar parte de "no hay novedad."

Las luces eléctricas ya se habían extinguido. Las linternas de los gendarmes en cada esquina parecían luciérnagas, que horadaban las tinieblas con sus débiles rayos de luz.

Los gurdianes del orden, y las pocas personas que á esas horas caminaban por las calles, miraban con asombro á los cadetes, que animosos y llenos de bríos se dirigían sobre el Palacio Nacional, objeto de sus miras.

Los alumnos continuaron su marcha, y al llegar frente del Palacio Nacional, se encontraron con el primer Regimiento, que parecía tener intenciones de atacarlos. Los bravos cadetes se aprestaron á la defensa.

Se vió ondear una bandera blanca, y el jefe de los montados ordenó meter las carabinas en sus fundas.

Varios aspirantes hablaron con el Coronel del Regimiento, le hicieron ver los móviles



Señor General don Manuel Mondragón.

INEHRM

Révoluciones de México

que los impulsaron á rebelarse en contra del Gobierno, y el viejo militar, visiblemente conmovido de la entereza de los aspirantes y accedió gustoso á seguir el movimiento, dando las órdenes respectivas á sus hombres.

Mientras tanto el tráfico de trenes quedór paralizado. Uno que otro coche de velada que ya iba á rendir, pasaba por las calles llevando en el pescante al auriga amodorrado.

Gran número de aspirantes había coronado las alturas del Palacio y las contíguas.

así como las torres de la Catedral.

Se instalaron centinelas en las boca-calles y en estas circunstancias se dirigieron á la prisión de Santiago á libertar al señor General Reyes, gran parte de las fuerzas sublevadas.

El primer combate y la muerte del General Reyes

Los aspirantes y gran número de las fuerzas sublevadas se dirigieron á la prisión militar de Santiago Tlaltelolco, con el objeto de poner en libertad al señor General de División, D. Bernardo Reyes; que se encontraba allí preso desde hacía cerca de un año pon haberse revelado con las armas en la mano contra del Gobierno maderista.

Los levantados, al llegar á la prisión, intimaron al jefe de ella para que pusiera desde luego en libertad al señor General Reyes, obteniendo los primeros contestación negativa. Entonces se abocaron varias ametralladoras con dirección al colonial edificio, y en estas circunstancias el jefe del primer Regimiento de Caballería, Coronel Anaya, se dirigió á conferenciar con el jefe de la Prisión, Coronel Mayol, el cual, en vista de los acontecimientos accedió dando órdenes á fin de que el prisionero recobrara su libertad.

El General Reyes salió de la prisión en medio de las aclamaciones delirantes de los levantados, y desde luego se le ofreció un caballo para que se pusiera al frente de la columna. El divisionario vestía traje negro y botas fuertes de igual color, y sombrero de fieltro obscuro. Su cuerpo estaba cubierto por una capa militar, gris. Su figura tenía la gallardía de siempre; el aire marcial que arrastraba á los militares tras el bravo soldado.

Los sublevados esperaban en la plazuela la salida del General Reyes, en el más completo orden, y en correcta formación.

Cuando el divisionario jalisciense fué visto por las tropas, que presentaban las armas al caudillo, los gritos de entusiasmo partieron de todas las bocas.

Contestó el General Reyes vitoreando á los aspirantes y arengando á los soldados sublevados.

Los clarines sonaban alegremente tocando órdenes de mando.

Se organizó la marcha. El General Reyes se puso al frente de ella, llevando entre su Estado Mayor á su hijo, el Lic. Rodolfo Reyes, al Dr. Samuel Espinosa de los Monteros, al Lic. José Bonales Sandoval, y á otros muchos simpatizadores y amigos del General.

La columna se puso en marcha con dirección á la Penitenciaría. Varios oficiales y jefes que se encontraban presos en Santiago trataron de seguir al Divisionario, pero inútilmente, pues el General Reyes quería que se guardara el mayor orden posible.

Los sublevados, preparados contra un posible ataque, se dirigieron á la Penitenciaría, con el objeto de poner en libertad al General Brigadier D. Félix Díaz y darle el mando de parte de las fuerzas.

La columna marchaba lentamente, en medio de la mayor alegría, y á su paso por las calles era calurosamente aplaudido el Divisionario.

El vigía de la Penitenciariaría dió cuenta á la Superioridad de haber avistado un nume-

roso grupo de hombres armados que se dirigian á aquel sítio en actitud inquietante.

Se ordenó inmediatamente que los guardias del presidio se armaran y parapetados en

la azotea repetieran el ataque.

Mientras tanto la columna continuaba su marcha por las calles de Lecumberri, llevando preparadas las armas, y dispuestos á combatir de un momento á otro.

No hubo necesidad de disparar un sólo tiro. El Sr. Cecilio Ocón, portándose con extremada audacia emplazó una pieza de artillería con dirección á la puerta de la prisión y otra á las habitaciones de la familia del director del Establecimiento, Sr. Octaviano Liceaga.

Las fuerzas habían rodeado el presidio, cubriendo los flancos, y tomando posiciones

estratégicas para el caso de atacar.

en la puerta del presidio, y salió uno de los vigilantes. El divisionario fué introducido al despacho del Director en donde estuvo conversando con él algunos instantes, pidiéndole la inmediata libertad del General Díaz.

La familia del Director de la Penitenciaria suplicaba que quitara la pieza que estaba abocada á sus hbitaciones, pues ya se iba á consultar el caso con el Ministerio de Gobernación, por teléfono.

Los sublevados se mostraron intransigentes, y exigieron que desde luego se pusiera en libertad al cautivo, pues de lo contrario harían fugo.

Ante esta disyuntiva, el Director de la

Penitenciaría tuvo que ceder á la demanda de los alzados.

El señor General Díaz salió de la prisión, vistiendo traje gris y sombrero fieltro de igual color. Los aspirantes dispararon sus armas al aire en señal de júbilo, y prorrumpieron en estruendosos vitores en loor de sus jefes los Generales Díaz y Reyes.

El señor General Reyes levantándose en los estribos de la montura de su caballo, se dirigió á las fuerzas vitoreando al Ejército, y condenando al mal Gobierno.

El entusiasmo era desbordante. En los rostros de los sublevados se veía el reflejo de una alegría sin límites.

Hubo nceesidad de que los Oficiales dieran órdenes, por conducto de los clarines, de "cese el fuego," pues cada vez se hacían más nutridas las descargas.

En estas condiciones el clarín de órdenes lanzó al aire el toque de marcha, y la columna, que constaba de más de mil quinientos hombres, se puso en movimiento con dirección al Palacio Nacional.

Mientras la columna marchaba sobre el Palacio virrenal, el Director de la Penitenciaría, daba aviso telefónico de los acontecimientos al General Lauro Villar, Comandante Militar de la Plaza.

La columna marchó por las calles de Lecumberri, hasta llegar á las del Relox, torciendo á la izquierda con dirección á Palacio .Al llegar á la esquina de las calles de la Moneda las tropas que estaban en Palacio empezaron á dispararsobre los sublevados, y el pueblo que se encontraba agrupado en frente y á los lados.

¿Qué pasaba? ¿Por qué las fuerzas del Palacio tiroteaban á los sublevados.

El General Villar, cuando recibió el aviso de la libertad de Díaz, se transladó inmediatamente al Palacio, y con pistola en mano se dirigió á los soldados del veinte y veinticuatro Batallones que se encontraban de guarnición, dándoles órdenes de desarmar á los aspirantes, los cuales fueron hechos prisioneros y encerrados en las cocheras de la planta baja.

Estas tropas habían sido acuarteladas en Palacio desde el día anterior, porque se habían tenido algunos indicios del levantamiento.

Cuando el General Reyes se encontraba al frente de Palacio acompañado de varios de sus hombres, el Coronel Morelos, con voz lúgubre ordenó á sus soldados, los del veinte Batallón, hacer fuego sobre los levantados.

El combate era cada vez más reñido. En la azotea de Palacio estaba funcionando una ametralladora que hacía terribles estragos en la maza popular que permanecía presenciando los acontecimientos, atizbando detrás de un árbol ó de un poste, ignorantes de que las balas de acero atravezaban los hierros y la madera. Por esto se explica el amontonamiento de los cadáveres al pie de los postes.

En las torres de Catedral se batían los aspirantes y en la de Santa Inés igualmente.

El General Reyes se dirigió al Coronel Morelos preguntándole por qué se le impedía la entrada, recibiendo por contestación varios disparos de pistola, que lo privaron de la



vida instantáneamnte. También el Coronet Morelos cayó muerto por las balas de los as-

pirantes.

Los hombres que acompañaban al señor General Reyes dispararon sus armas en contra de Morelos, que fué uno de los primros que sucumbieron.

La columna empezó á disgregarse. El General Villar asumió el mando de las fuer-

zas, resultando herido en un brazo.

El señor General Díaz en vista de que los enemigos estaban apoderados de Palacio dió órdenes de contra marcha, avanzando la cos lumna por las calles del Relox, con dirección á Peralvillo.

Las torres de Santa Inés y de la Catedral permanecían aún en poder de los aspirantes, que en vista de los acontecimientos desarrollados, decidieron abandonar sus posiciones, por no disparar en contra de sus hermanos los cadetes del Colegio Militar, que tomabar una actitud contraria á la que creían estaba acordado. Muchos quedaron en sus puestos y fueron aprehendidos más tarde.

La noticia de la trágica muerte del señor General Reyes se esparció por toda la ciudad con la rapidez del rayo. Esta noticia causó muy triste impresión en el ánimo de todos.

El señor General Reyes presentía su muerte. El sábado cuando estuvo á verlo en la prisión su esposa la Sra. Doña Aurelia Ochoa de Reyes, le pidió agua caliente para lavarse diciéndole: quiero lavarme para que cuando recojan mi cadáver esté limpio,

Este presentimiento vino á acentuarse más cuando el señor General Reyes, al abrazar

al General Díaz cuando salió de la Penitenciaría, le dijo: "Ahora estoy contento, porque ya encontré quien me substituya."

¿En qué se fundaba este presentimiento?

A qué obedecia?

El misterio guarda este secreto bajo el

obscuro manto de la tiniebla.

Y no era un temor á la muerte, pues el General Reyes lo decía con verdadera serenidad.

Más tarde, cuando el tiroteo fué disminuyendo, su cadáver y el del Coronel Morelos fueron conducidos á la Mayoría de órdenes y colocados en una de las mesas de trabajo.

Por la tarde estuvo en Palacio á ver al Presidente de la República, pidiendo el cadáver de su esposa, la Sra. Aurelia Ochoa de Reyes. El Presidente Madero se negaba á acceder á aquella súplica de una alma piadosa, y entonces la Sra. de Reyes, dijo al Presidente con un dejo de infinita amargura: "no le tenga usted miedo á Bernardo; los muertos no hacen nada."

Y en el sucio escritorio de aquella pieza obscura, permanecía mudo y yerto el cadávez de un hombre ilustre y prez del Ejército mexicano. Una escupidera recibia la sangre que gota á gota manaba de las heridas.





Asnirantes combatientes en la Ciudadela.

THEHRM

eluciones de Mexaco

Desde Chapultepec hasta Palacio

La noticia de que el General Féliz Díaz había sido puesto en libertad y estaba á la cabeza de los revolucionarios, no pudo causar otro efecto en el Sr. Madero que el de una descarga eléctrica.

Su cautivo, al que creía seguro en las mazmorras de San Juan de Ulúa, libre? No lo quería creer. Pero tuvo que convencerse ante la real magnitud de los acontecimientos. Y muy á pesar suyo comprendió la situación aflictiva en que se encontraba.

El Mayor D. Emiliano López Figueroa, Inspector General de Policía, el General García Peña, el General Huerta y sus Ministros, todos le habían confirmado la noticia, para él desagradable y triste. ¿Qué hacer? ¿Todo estaba perdido?

A su memoria, en esos momentos entorpecida, acudió el recuerdo histórico del General Manuel González, atravesando la plaza de Armas en medio de las turbas enfurecidas que pedían á gritos su renuncia por la acuñación de monedas de nickel; vió al valiente manco trasponer la puerta de Palacio, desafiando el peligro, haciendo un supremo esfuerzo para contener sus nervios al herir sus oídos palabras injuriosas, términos denigrantes.

Recordó al gran Juárez en Guadalajara, con el broncíneo rostro impasible ante las bocas de fuego de los fusiles de los soldados que lo iban á fusilar, y sus labios irónica y dolorosamente contraídos; y más tarde vió al Indio

de Guelatao cubierto de gloria, continuar en

el poder.

Todo esto contribuyó eficazmente para que el Sr. Madero se deciditra á marchar sobre Palacio; pero más aún, la noticia de que los rebeldes se habían retirado con dirección que no se conocía; que el General Reyes había sido muerto y que el Palacio, la Catedral y las alturas contiguas estaban ocupadas por tropas fieles al gobierno.

Al fin, el Sr. Madero dispuso se le ensillara su caballo para dirigirse al Palacio Nacional en donde, según le indicara uno de sus

adictos, estaba su lugar.

Sé alistaron los cadetes de Chapultepec, que ya se preparaban á salir como día domingo y lucían el uniforme de gala, para escoltar al Primer Magistrado de la Nación. El Director del Establecimiento, Teniente Coronel Víctor Hernández, alentó á los cadetes para acompañar al Sr. Madero en su viaje al Palacio.

En los jóvenes rostros de muchos de los alumnos del Colegio Militar se pudo observar un gesto de contrariedad; un rasgo que dela-

taba el disgusto de su alma.

Mientras tanto, á marchas forzadas, se dirigía á Chapultepec parte del Batallón de Seguridad, mandado por el Gobernador Federico González Garza, para engrosar la escolta del Presidente.

El Mayor López Figueroa, Inspector de Policía, desde Chapultpec había estado dando órdenes á los cuarteles de las Gendarmerías de á pie y Montada, para que éstos salieran á formar también parte de la escolta

En las habitaciones del alcázar presidencial se registraban escenas patéticas. Todo estaba en el más completo desorden. El temor se había apoderado hasta del último sirviente.

Un caballo ensillado esperaba impaciente, tascando el freno, al jinete que había de conducir. Varios soldados de Caballería estaban en espera de marcha.

El Sr. Madero, visiblemente nervioso, montó en su caballo tordillo quemado, y seguido por los guardias presidenciales que estaban de servicio en el alcázar, salió de Chapultepec, bajó la rampa, cruzó la arboleda, y por la Calzada de la Reforma se dirigió al Palacio Nacional.

Hasta aquel lugar llegaba el eco casi apagado por la distancia de los disparos de ametralladoras y fusiles.

Diez alumnos marchaban á distancia de la columna de avanzada, y el Colegio Militar, en su totalidad iba al lado del Presidente Madero en dos filas, que marchaban junto al enlozado de la banqueta.

El Sr. Madero, á caballo, iba seguido del Mayor López Figueroa y de su hermano D. Gustavo, que iban también á caballo. El señor Ernesto Madero, Ministro de Hacienda, y tío del Presidente, caminaba apresuradamente por la banqueta, acompañdo de varios Oficiales.

Una compañía de cadetes recibió órdenes de que á paso veloz se dirigiera á cuidar las bocacalles, orden que cumplieron desde luego.

La columna seguía su marcha en medio de la general espectación. El Presidente Madero, más sereno, sonreía. El Ministro de Fomento, Ing. Bonilla, se unió á la columna, bajando

de un automóvil de la Presidencia.

Al llegar el Presidente y sus acompañantes á la esquina de Bucareli y Paseo de la Reforma, ya las bocacalles estaban resguardadas por los cadetes que impedian el paso, ar-

ma en mano, á los transeantes.

Llegaron á la Avenida Juarez. Varias gentes del pueblo bajo, alentadas por elementos insanos que formaban parte de la "maffia maderista" ó porra, como le llamara el inolvidable Sánchez Santos, aplaudían al Presidente. Cundo la columna estaba cerca del monumento que á la memoria del Benemérito de las Américas se ha erigido en la alameda, se escucharon algunas defonaciones, y por esto se hizo un ligero alto en previsión de algún lance.

Continuó la marcha; el Sr. Madero y sus acompañantes se encontraban cerca del Teatro Nacional, cuando de un edificio cercano salieron varios disparos de arma de fuego, lo que hizo temer, pues se creyó que los soldados felixistas coronaban esas alturas.

El Presidente Madero, con el jefe de su Estado Mayor, Capitán de Navío Hilarlo Rodríguez, y otras personas que lo acompañaban, penetró á la fotografía Daguerre, mientras los cadetes y varios soldados de la montada escoltaban la construcción del Teatro Nacional para proteger las vidas del Primer Mandatario y sus acompañantes.

¡Cuán hondas reflexiones hizo el cerebro! En ese edificio fotográfico, desde uno de cuyos balcones el 3 de Septiembre de 1911, el señor General Reyes que presenciaba una manifestación, fuera objeto de las iras de la ple-



be maderista, el ídolo de ésta se ocultara allí

de las balas de sus enemigos.

Minutos después el Presidente Madero aparecía en un balcón del primer piso, y sonreía al pueblo. En su rostro se observaba la

desconfianza que su espíritu abrigaba.

Solón Argiiello y Mariano Duque, miembros de la nefasta porra, seguidos de algunos individuos de la plebe, vitoreaban al Presidente, aclamando la legalidad, proclamando el sufragio efectivo. La bandera nacional en manos de esta canalla, se plegaba vergonzosa, en tanto que ondeaba gloriosamente en un edifició de la Avenida de San Francisco.

Asomó por el balcón el rostro trigueño del Capitán Rodríguez Malpica, y se dirigió al populacho que allí estaba agrupado, diciéndole que el puesto del Presidente de la República estaba en el Palacio Nacional, y que allí se di-

rigiria.

Un rugido se escuchó, y Solón Argiiello y sus secuaces lanzaban destemplados vítores al Presidente que seguía sonriendo desde el balcón central de la fotografía Daguerre.

El señor don Manuel Bonilla, habló también, é invitó al pueblo á seguir al señor Madelo en su marcha al Palacio Nacional; le llamó pueblo viril y fuerte, pueblo sensato y pa-

triota.

El eco de los disparos no dejaba de escucharse. En torno del Presidente Madero se habían agrupado varios de sus simpatizadores y amigos. El diputado Pedro Antonio de los Santos, el que amenazara fulminante á las galerías de la Cámara con dispararles su revólver, llevaba una carabina en la mano; el señor General don Victoriano Huerta había llegado á aquel sitio, lo mismo que el Ministro de la Guerra, General Angel García Peña, que presentaba una herida e nla cara, en donde la sangre se había coagulado. Habían llegado también el señor licenciado Rafael Hernández, Ministro de Gobernación y don Jaime Gurza, de Comunicaciones.

Un cadete cuidaba de la puerta de la fotografía; este cadete era hijo del General García Peña. Las alturas del Teatro Nacional y de otros edificios cercanos, estaban ocupados por hombres del Gobierno. En el primer Callejón de López permanecían á la espectativa varios gendarmes de la Montada con los mausers preparados para hacer fuego de un momento á otro. Don Ernesto Madero estaba al lado de su sobrino.

El señor Madero, con ligeras inclinaciones de cabeza, daba las gracias á los que lo vitoreaban.

—¡A Palacio!—fué el grito que se escuchó. El Presidente Madero salió de la Fotografía Daguerre, montó su caballo, y seguido del señor Bonilla, del Capitán Blázquez, de las Guardias Presidenciales, del Director del Colegio Militar y de otras muchas personas, se dirigió por las calles de San Francisco al Palacio Nacional.

El aspecto que presentaba la Plaza de Armas era horriblemente macabro. Aquí y allá cuerpos inanimados. Heridos lanzando ayer desgarradores, debatiéndose en los umbrales de la muerte.

Charcos de sangre por doquiera. Ojos fijos mirando al cielo; labios entreabiertos, co-



mo pronunciando la última exclamación de angustia. Rostros ensangrentados y contraídos en la terrible lucha con la muerte. Fragmentos de metralla regados por el suelo, casquillos de bala, chaquetines y kepís militares.

El señor Madero penetró así á la Plaza de Armas, seguido de la turba; sonriendo á los vítores y aplausos.

Y la turba pasaba por encima de los cadáveres, con la inconciencia de su ignorancia.

El Presidente Madero y sus acompañantes siguieron su camino por el atrio de la Catedral; en las losas duras y frías permanecían lívidos y yertos los cuerpos de valientes aspirantes y denodados "juanes" que murieron en la pelea, con la frente muy alta y sereno el espíritu.

Llegó por fin la columna al Palacio Nacional en cuyas alturas estaban soldados del veinte batallón. Varias ametralladoras habían sido emplazadas, trágicamente abocadas á las principales arterias de la capital.

Los bomberos se habían unido á la columna en la Avenida Juárez, y protegiendo la 'Avenida de San Francisco, llegaron al Palacio Nacional, de donde se transladaron al Palacio Municipal, para coronar igualmente las alturas.

Tan pronto como el Presidente Madero hubo entrado al Palacio, las puertas se cerraron pesadamente, y los cadetes se instalaron en las calles que desembocan á la Plaza de Armas, Avenida San Francisco, Avenida del Cinco de Mayo, Avenida del 16 de Septiembre, Calles de Flamencos, Calles de la Acequia, de

la Moneda, del Reloj, Tacuba y Santo Do-

mingo.

Los curiosos que pululaban por las calles, eran obligados á retroceder cuando trataban de penetrar á la Plaza de Armas. En varias azoteas del Cinco de Mayo, San Francisco, 16 de Septiembre y otras calles, habían tomado dispositivo de combate los alumnos del Colegio Militar.

Varios aspirantes permanecían aún en las torres de la Catedral, y valiéndose de golpes de astusia pudieron salir del cerco sin ser

aprehendidos.

Desde luego el Presidente y sus Ministros, que ya habían entrado al salón de acuerdos se pusieron á discutir las medidas que debieran tomarse en esas difíciles y aflictivas circunstancias. Se acordó, en primer lugar, declarar la terrible Ley Marcial, y reconcentrar fuerzas del Estado de Morelos, México, Guerrero, Oaxaca, Puebla y de algunas otras partes de la República.



El General Mondragón y el señor Cecilio Ocón.

INEHRM

Revoluciones de México

La muerte del Gral. Ruiz y la Porra

Mientras sucedía esto en uno de los salones de la Presidencia, en el jardín del Palacio, en donde muchas veces descansara de sus fatigas el glorioso estadista D. Porfirio Díaz, el señor General D. Gregorio Ruiz, Diputado al Congreso de la Unión, uno de los conjurados, caía sin vida acribillado á balazos por un piquete de soldados del veinte Batallón.

La sentencia fué dictada por el Presidente Madero, y se llevó á cabo ciegamente. No se respetaron las glorias de ese militar, ni su cabellera plateada por la escarcha de los años ni su fuero como Diputado.

Fueron cruelmente inflexibles para con el veterano militar, que pidió, como última gracia ordenar la ejecución.

El señor General Ruiz dió muestras de una serenidad que asombra; se dirijió á los soldados que lo iban á fusilar y á alguno de los presentes y les dijo en estos ó parecidos términos, pues la memorla no puede conservarlos fielmente por razones psicológicas: "decid á mis hijas que no se averguencen de su padre, y que he muerto defendiendo la causa de mi compadre el General Reyes.—Apunten... Fuego!" Fueron las últimas palabras del valiente militar, que en las últimas fechas militara en la Cámara de Diputados en las filas de la oposición. El General Ruiz cayó sin vida en la roja arenilla de los verdes prados. Los árboles parecían avergonzarse de ser tes-

tigos de aquella escena preñada de dolorosa tragedia; sus ramajes frescos se mecían lentamente... tristemente, y de sus verdes hojas caían gotas de rocío. La naturaleza parecía llorar ese infortunio. Negras nubes se dibujaban en la comba del cielo. El sol alumbraba medrosamente el jardincillo. En el mullido césped salpicado de púrpura sangre, brillaban tímidamente algunas gotas de agua.

El cielo poco á poco se iba obscureciendo, tal parecía presagiar la prolongación de la tragedia.

En las afueras de Palacio silencio de muerte reinaba. Los cadetes con el brazo recargado en el cañón de su arma, meditaban.... El rojo de la sangre y el olor de la pólvora hacian más espeluznante aquel cuadro.

Mientras tanto, los alaridos de la porra se escuchaban por diferentes rumbos de la ciudad. Por las calles de Medinas y San Lorenzo, por las de López y San Diego.

La maffia maderista hacía de las suyas aprovechándose de las circunstancias. Con la tea incendiaria en la diestra y el guijarro en la siniestra, lanzaban imprecaciones, vomitaban injurias contra los periodistas indepentes.

Alentados por Solón Argiiello, Mariano Duque, y quién lo creyera, por algunos Diputados, prendieron luego á las oticinas de "El País." Penetraron en medio de salvaje algarabía, destruyendo rotativa y linotipos, incendiando maderamen, robando dinero y objetos.

Estaban sedientos de destrucción, á hin-



caban sus colmillos en los rollos de papel, que empezaban á incendiarse.

¡Cómo si la destrucción de un inmueble

pudiera opacar la luminidad de una idea!

Y la figura de Sánchez Santos, en medio de las llamas del incendio, surgió apocaliptica, maldiciendo á la porra, anatematizando á

sus organizadores.

La porra ese día se dividió en brigadas. En la calle de Medinas, frente á las oficinas de "El Noticiero Mexicano," una turba de desarrapados lanzaban mueras á su director, y arrojaban guijarros. El pánico se apoderó de las personas honradas. Se creían ser víctimas de uno de estos viles atentados impensadamente.

Por la calle de López, la maffia pedía sangre, quería beber sangre, quería bañarse en sangre. No hubo carnes blandas en que hundir el puñal, y la tea destruyó todo, consumió todo. Buscaban á García Naranjo... no lo encontraron. Consumada su ibra destructora, se dirigieron al "Heraldo Independiente" que también le prendieron fugo.

¿A qué se debían estas operaciones de la

porra? Parece ingénua la pregunta.

"El País," en su suplemento ilustrado había sacado una plana á colores con los retratos de D. Gustavo Madero y D. José María Pino Suárez, teniendo en medio el boceto de la porra, obra de uno de nuestros jóvenes escultores.

"La Tribuna" había contribuído grandemente á levantar el espíritu del abnegado Ejército con los editoriales de García Naranjo. "El Heraldo Independiente" había alentado la revolución con sus informaciones. "El Noticioso" se había propuesto la labor de ir marcando uno por uno los desaciertos del Gobierno maderista.

Ellos habían contribuido en gran parte á la rebelión, y justo era que pagasen su culpa, sucumbiendo á manos de la porra! Tal era la lógica de los porristas.

En las calles de la ciudad se registraban

escenas dolorosisimas.

Los socios de las Cruces Blancas y Rojas recogían del arroyo los muertos y heridos.

El Dr. D. Antonio Márquez, uno de los socios más estimados de la Cruz Blanca Neutral, perdió la vida, en los momentos que recogía un herido frente al Palacio Nacioneal.

Practicantes y doctores, y particulares caritativos, resultaron heridos en la refriega. Las balas de los soldados del Gobierno no respetaban nada. Muchas personas guiadas por sus sentimientos humanitarios se acercaban ya á recoger un muerto ó atender un herido, quedaban allí sin vida traspasadas por las balas de acero de los maussers.

Señorasy mnos, jóvenes y ancianos, pe-

recieron en la primera jornada.

Y entre tanto, el Presidente Madero y sus Ministros , continuaban discutiendo.....



La toma de la Ciudadela

Las descargas sobre la columna de felixistas eran cada vez más nutridas; los soldados del 200. y 240. Batallones, parapetados en el Palacio, continuaban disparando sus armas las ametralladoras no cesaban de hacer fuego. El General Díaz, en vista de éstos inesperados sucesos, previendo que la columna pudiera desorganizarse por la sorpresa dada, dió órdenes de marchar hacia la derecha, por las calles del Reloj.

Las personas que iban acompañando al señor General Reyes, D. Eurique Fernández Castellot, General Mariano Ruiz, Lic. Rodolfo Reyes, Lic. Melesio Parra, y parte de la columna que pudo avanzar hasta la puerta central de Palacio, tuvieron que dispersarse, en vista del hostil recibimiento. El caballo que montaba el General Reyes huyó desbocado, y el ilustre divisionario quedó tirado en el sue-

lo, carente de existencia.

Parte de la columna revolucionaria había quedado en la calle de la Moneda, pues se tenían temores de un ataque, dadas las posisiones que ocupaban los soldados del vigécimo y vigécimo cuarto Batallones. Pero viendo que los soldados del torreón Norte de Palacio presentaban sus armas al General Reyes, renació la confianza y los felixistas avanzaron, teniendo que replegarse más tarde, cuando se les hizo fuego desde la puerta central de Palacio, por órdenes del General Villar y del Coronel Juan G. Morelos, jefe del 2002 Batallón.

Los revolucionarios, ya organizados, marcharon por las calles del Reloj, con dirección á Peralvillo, llevando á la cabeza al señor Brigadier D. Féliz Díaz y General Manuel Mondragón, que estaban rodeados por personas de su confianza que fungían como miembros de su Estado Mayor.

¿Qué harían los revolucionarios en vista del fracaso de Palacio?

Eso fué lo que iban discutiendo en el camino los jefes del movimiento.

Mientras tanto, continuaban haciendo fuego sobre los soldados de Palacio los aspirantes que permanecían aún en las torres de Catedral y Santa Inés. Más tarde, cuando llegó Madero, y fué cercado el edificio por los alumnos del Colegio Militar, los aspirantes tuvieron que bajar cautelosamente para no ser vistos. Los de la Catedral pudieron salir por la Capilla del Seminario; escaparon por una ventana de la azotea descolgándose hasta el altar mayor, con inminente peligro. Los de la torre de Santa Inés se descolgaron por una vecindad de la calle de éste nombre, siendo ayudados á ocultarse por los vecinos que les facilitaron ropas para disfrazarse.

La columna seguía su marcha.

Serían las nueve y media de la mañana aproximadamente, una hora después de la muerte del señor General D. Bernardo Reyes, cuando la columna de felixistas torcía por la antigua calle de Arcinas para continuar su avance por la de las Moras. Varios disparos se escucharon, y un piquete de gendarmes de la montada que se había encontrado con la columna huía temeroso.



De las ventanas y balcones brotaban vítores y aplausos para los rebeldes. La gente palmoteaba delirante, y jóvenes hermosas arrojaban flores á los felixistas, á su paso por las calles de Santa Catarina y Santo Domingo.

¿A dónde se dirigían los Generales Mondragón y Díaz, acompañados de su gente? ¡Al tomar la Ciudadela! Esto se había acordado en el trayecto de Palacio á la calle de Arcinas, á la Ciudadela, pues, al último reducto, se dirigía la columna.

Gendarmes de la Montada que se habían unido á los felixistas vitoeraban á su caudillo,

La columna siguió su marcha por las calles de Santo Domingo; en primer término iba una descubierta de Gendarmes de la Montada, carabina en mano, y las cananas y cartucheras repletas de cartuchos; seguían los dragones del primer Regimiento de Caballería, todos ellos dando muestras de verdadero regocijo; Después, secciones de Artillería, al cuidado de hombres jóvenes y fuertes; seguía otro piquete, de la Gendarmería Montada, y detrás iban el General Díaz y el General Mondragón, acompañado de numerosos partidarios.

Siguió la columna hacia el Poniente, en medio de las aclamaciones del pueblo. Durante el trayecto se les unieron varios piquetes de la Gendarmería Montada, militares y paisanos; la marcha continuó con dirección á la Ciudadela.

Llegaron por fin los sublevados á las calles de Bucareli, y las fuerzas tomaban disposiciones de combate.

Mientras ésto sucedía, en la Secretaría de Guerra se recibieron noticias de que

des avanzaban sobre la Ciudadela; el Ministro de la Guerra ordenó al Mayor de Ordenes de la Plaza, General D. Antonio Villarreal, se trasladara á la Ciudadela con instrucciones de no ceder un ápice á las demandas de los rebeldes. Se enviaron varios gendarmes de á pie, de la Montada y del Batallón de Seguridad, para defender la fortaleza.

Por órdnes del señor General Mondragón se embocaron los cañones al baluarte. Se hicieron varios disparos de fusilería, cesando el fuego breves instantes para dar tiempo á un emisario de los felixistas que llevó un pliego cerrado al jefe del establecimiento, Gral. Dávila, pidiéndole su rendición. Como el General Dávila contestara en sentido negativo á las pretensiones de los rebeldes, se abrió nuevamente un fuego nutrido sobre el baluarte.

De las azoteas del cuartel de los guardias Presidenciales disparaban sus armas éstos y varios gendarmes de á pie y de la Montada contra los felixistas que cada vez reducían más y más el cerco que le habían formado á la Ciudadela.

Varias ametralladoras de las fuerzas defensoras de la Ciudadela estaban funcionndo; los efectos que causaron en las filas revolucionarias fueron relativamente pocos, pues los balines iban á incrustarse en los muros de los edificios donde estaban parapetados los felixistas.

En los precisos momentos en que el fuego era más nutrido, y la humareda de la pólvora era más densa, un clarín, desde lo alto de la Ciudadela, tocó cese el fuego, y una bandera blanca ondeaba.





Señor General don Aureliano Blanquet.

INEHRM

Instituto Nacional de tudios Históricos de las voluciones de México Se tocó parlamento, y las armas cesaron

de hacer fuego.

Una avalancsa humana se precipitó al interior del enrejado de la Ciudadela, y los Generales Díaz y Mondragón, acompañados de varios de sus partidarios, militares y civiles, penetraron por la calle donde está situada la Escuela de Comercio, al jardín de la Ciudadela, cuyos alrededores estaban vigilados por fuerzas felixistas.

El señor General Mondragón fué el primero de bajar de su caballo para penetrar á la Ciudadela y hablar con el Coronel Dávila:

Como el comisionado dilatara algunos minutos, y el tiempo era apremiante, el señor, General Díaz y varios paisanos se introdujeron al baluarte, con el objeto de saber el resultado de las conferencias.

El señor General Dávila, en vista de que muchos de los defensores de la Ciudadela habían muerto y otros se encontraban gravemente heridos, accedió á la petición del señor General Díaz, y en los momentos en que penetró á la pieza donde se encontraba este militar y el General Mondragón, con sus acompañants, se firmaba el acta de rendición.

El General Dávila entregó su espada al General Díaz, y éste, al saludarlo, le dijo en tono solemne: "tengo el gusto de estrechar la mano que firmó en Veracruz mi sentencia de muerte."

El Coronel Dávila quedó en calidad de prisionero de guerra, rodeado de las más amplias garantías. El señor General Villarreal, que se batió denodadamente contra los felixistas, se encontraba muy mal herido. Más tarde fué trasladado al Hospital Militar, en estado de gravedad, en donde falleció á las pocas horas.

Entre tanto, las fuerzas revolucionarias habían ido penetrando á la Ciudadela y coronando las alturas contiguas. En la calle de "Enrico Martínez" se emplazó un cañón, otro en la calle de Tolsa, otro en la esquina de Arcos de Belén y Avenida Balderas, con dirección á la cárcel, y otro en la calle de San Antonio, abocados todos hacia afuera.

De los almacenes fué trasladada gran cantidad de parque á la Ciudadela. Los defensores del baluarte se mostraban muy animo-

sos de combatir.

Desde luego, se ordenó que todas las fuerzas se acuartelaran y se dieron armas á los paisanos que manifestaron deseos de pelear y que carecían de ellas.

En varios edificios cercanos fueron emplazadas ametralladoras, que estaban á cargo de oficiales y aspirantes.

Gran cantidad de gente se aglomeraba en rededor de la Ciudadela, presenciando los preparativos de combate, que se estaban llevando á cabo con gran actividad, bajo la dirección de los Generales Mondragón y Díaz, y Coronel Monter.

El edificio de la Escuela de Comercio y varias casas particulares situadas al frente y atrás de la Ciudadela, así como á los lados, presentaban los estragos de las balas.

Varios particulares llegaban á la Ciudadela, llevando alimentos y dinero para los revolucionarios, que ya habían ocupado magníficas posicions. Los jefes del movimiento



51 0 10

deliberaabn....

Las avanzadas tenían órdenes de hacer fuego sobre cualquier grupo de hombres armados.

La alarma había cundido por toda la ciudad. La situación no había podido decidirse aún. Se decía que el General Villarreal y el Coronel Dávila habían sido fusilados en el interior de la Ciudadela, en unión de otros militares.

Serían cerca de las cinco de la tarde, cuando una de las avanzadas que ocupaban un puesto en el costado Oriente de la Ciudadela, vieron que se aproximaba un grupo numeroso de rurales, que seguramente eran fuerzas enviadas por el General Villar, é hicieron fuego sobre ellas, causándoles numerosas bajas, teniendo que huir en dispersión.

Este tiroteo fué de breves minutos y el pánico, en su grado máximo, se apoderó de los curiosos, que huían velozmente, apartán-

dose del sitio peligroso.

Uno de las jefes militares de la Ciudadela había ordenado despejar, desde las primeras horas de la tarde, los alrededores; pero, no obsante esa disposición, las calles continuaban invadidas por personas de todos sexos, que á pie y en coche habían querido ver, con sus propios ojos, lo que les hubieran referido acerca de los acontecimientos.

Desde esa hora, las calles empezaron á verse desiertas, pues toda la gente temía un combate de un momento á otro.

Cerca de la una de la tarde, cuando la Ciudadela ya estaba en poder de los rebeldes, se presentó en este lugar el Mayor Emiliano López Figueroa, ex-inspector de Policía, que se decía portador de una comunicación que

enviaba el Presidente Madero.

Se anunció la visita del Mayor López Figueroa y el señor General don Manuel Mondragón salió á recibirlo. Como algunos oficiales que se agruparon en torno de estos caballeros indicara que el señor López Figueroa debía entregar sus armas, éste puso en manos del General Mondragón una pistola Coltz reglamentaria, calibre treinta y ocho, pasando más tarde al interior de los almacenes.

El Inspector de Policía quedó en calidad de prisionero de guerra, y se le hizo conocer, que su libertad dependía de la suerte que corriera el señor General don Gregorio Ruiz, que había sido hecho prisionero en el Palacio Na-

López Figueroa escribió, dándole cuenta del hecho al señor Presidente de la República, y, no obstante que uno de los más adictos partidarios al Gobierno se encontraba en rehenes, el señor general don Gregorio Ruiz fué fusilado despiadadamente.

A la Ciudadela llegó la triste noticia de la muerte del veterano militar, y, no obstante que varios de los revolucionarios pedían fusilar al Mayor López Figueroa, para vengar al General Ruiz, el señor General Díaz se opuso terminantemente á ello.

El Inspector General de Policía fué alojado en uno de los almacenes de la planta baja, con el General Dávila y otros prisioneros, ro-

deados de garantías.

La noche se aproximaba lentamente.... La fortaleza estaba erizada de cañones, y, á la luz de la hma, lanzaban pálidos refle-



jos los marrazos de los fusiles, que descansaban recargados uno sobre otros, formando pabellones, al lado de los defensores de la fortaleza.

Nadie durmió aquella noche. Las avanzadas enviaban constantemente partes de "no hay novedad."

Preliminares de la lucha

El Presidente de la República, desde que llegó á Palacio, se puso á conferenciar con sus Ministros sobre las medidas que deberían tomarse en esos difíciles momentos. Después de comunicada la noticia del fusilamiento del señor General Ruiz, y de la prisión del Mayor López Figueroa, el Primer Magistrado y sus consejeros acordaron concentrar en la capital las columnas que se encontraban batiendo á los rebeldes del Norte, del Sur y del centro de la República, para atacar á los felicistas, que se encontraban parapetados en la Ciudadela.

A las dos de la tarde, el señor Madero salió de Palacio, acompañado de varios de sus ayudantes y escoltado por guardias presidenciales, con dirección á la ciudad de Cuernavaca, para conferenciar con el señor General Angeles, jefe de la columna que operaba en el Estado de Morelos.

¿Cuál era el objeto de ese viaje? ¿Preparar la retirada? O bien, el señor Francisco Madero fué á Cuernavaca para estar dispuesto á venir á atacar, con los hombres de la columna del señor General don Felipe Angeles á los felixistas, á los que era de suponerse vencedores si se decidían á tomar el Palacio Nacional la misma noche del domingo del levantamiento, pues que el Gobierno estaba totalmente desprevenido y sólo contaba con los cadetes del Colegio Militar y con unos cuantos hombres de la gendarmería montada?

Los felixistas no atacaron esa noche, sin



duda alguna por la espera de elementos de guerra que vinieran á cooperar al levanta-

miento en esta misma ciudad.

En la Ciudadela se creía lo mismo que en el Palacio Nacional, que el pueblo tomaría parte activa en la contienda, pidiendo armas para inclinarse á un lado ú otro; pero el pueblo dió muestras de estar escarmentado, por los sangrientos sucesos de la mañana del domingo 9.

La noticia de la hecatombe, que habían consumado las ametralladoras desde las azoteas del Palacio Nacional, había sido de un efecto retrayente para las multitudes, Puede ser que pasen años y que no volvamos á ver ningún levantamiento popular por este mismo

molivo.

La situación del país quedaba comprometida por la determinación de reconcentrar las fuerzas en México, pues se iban á quedar centenares de poblaciones en poder de los bandidos, ó bien á caer en manos de las partidas de rebeldes.

¿Se tuvo en cuenta esta consideración, y, no obstante, se dictó la rápida concentra-

ción de destacamentos en esta ciudad?

Seguramente que sí; pero el gobierno se veía imposibilitado para intentar un asalto sobre la Ciudadela con los trescientos hombres que tenía á su disposición. La Ciudadela estaba tomada y no había otro remedio que continuar los errores, añadiendo otros que eran fatales para la gente indefensa de los campos y de las poblaciones pequeñas.

Ante todo, decia el Gabinete del Gobier-

no maderista, hay que salvar la legalidad.

Oh, la legalidad que había que sostener,

era una mentira que serviría para sacrificar á millares de hombres! ¡La legalidad que no sabía sostenerse, que era incompetente, nula; que sólo se sostenía por un milagro de equilibrio! ¡La legalidad sostenida por hombres débiles y por ambiciosos sin talento, y sin fuerza, y sin elementos!

Antes de la salida del Presidente Madero se había acordado, en el mismo consejo de ministros, nombrar al señor General don Victoriano Huerta, jefe de las fuerzas del Go-

bierno.

El domingo pasó en medio de incertidumbres y temores, pues se creía que de un momento á otro se libraría un sangriento combate; pero no fué así, pues el Gobierno contaba con un escaso número de fuerzas y esto lo obligó á ordenar la reconcentración de tropas.

Cerca de las tres de la tarde del mismo día llegaron, procedentes de la Villa de Guadalupe, los rurales del duodécimo cuerpo, que inmediatamente relevaron á los alumnos del Colegio Militar, que se encontraban haciendo

servicio de vigilancia en las bocacalles.

El eco de los disparos, hechos en la Ciudadela cerca de las cinco de la tarde, llegó hasta los más apartados barrios de la ciudad,

sembrando indescriptible pánico.

A las siete de la noche todos los habitantes de la ciudad de los Palacios, se habían recogido en sus hogares. Los teléfonos funcionaban interminablemente, y á través de sus hilos pasaban noticias más ó menos alarmantes, ninguna consoladora.

Toda la noche fué de angustias para la ciudad. Sin embargo, al día siguiente, lunes,



la calma comenzó á renacer, no sin dejar de abrigarse el temor de un inminente combate.

Obedeciendo al llamado del Gobierno, llegaron fuerzas rurales procedentes de Celaya, Guanajuato y San Juan Teotihuacán, y del Estado de Puebla; igualmente llegaron el octavo cuerpo rural, al mando del Teniente Coronel Luis Medina Barrón, y el trigésimo, al mando del Capitán González.

La curiosidad venció el temor, y las calles se veían inundadas de personas que, ávidas de noticias, inquirían aquí y allí por el des-

arrollo de los acontecimientos.

Por las calles de Bucareli, el paso era impedido por las avanzadas felixistas, que ya

habían ocupado posiciones estratégicas.

Con motivo de la aprehensión del señor Mayor don Emiliano Figueroa, Inspector General de Policía, se nombró en su lugar al Mayor de Caballería don Benjamín Camarena, que había formado parte del Estado Mayor del señor General Huerta, cuando este militar mandaba la división del Norte.

Mientras tanto, los rebeldes de la Ciudadela continuaban parapetándose. Se decía que el señor López Figueroa había sido fusila-

do en el interior del baluarte felixista.

La gran mayoría de la población no sabía noticias exactas, pues aunque The Mexican Herald las publicara, el desconocimiento de la lengua impedía á esa gran mayoría darse cuenta de ellas.

De Tetela llegaron más fuerzas, cerca de las cinco de la tarde, hora en que el señor General Huerta, con su carácter de Comandante Militar de la Plaza, distribuyó el mando de las columnas de ataque á los señores Generales Mass, Sanginés, Cauz, Delgado y Teniente

Coronel Ocaranza.

Cerca de las seis de tarde regresó á la capital, de la ciddad de Cuernavaca, el señor Presidente Madero, acompañado de la columna del Brigadier Felipe Angeles, formada de cerca de mil quinientos hombres, con varias piezas de artillería.

La voz de la calle aseguraba que el Presidente Madero había enviado al cabecilla revolucionario Emiliano Zapata, la cantidad de cien mil pesos, con la condición de que no avudara el movimiento encabezado por los se-

ñores General Díaz y Mondragón.

Lentamente fué tarnscurriendo el lunes. Pequeños piquetes de soldados, que estaban de destacamento en poblaciones cercanas, habían ido llegando. En el rostro moreno del soldado se veía un gesto de infinita tristeza; su corazón fuerte se resistía á pelear en contra del hermano; pero la disciplina y la ordenaza así se lo exigían.

Llegaron algunas otras tropas á la media noche. El señor General Huerta estaba formulando un plan de ataque á la Ciudadela. El seño? General don Guillermo Rubio Navarrete, que estaba en Querétaro, se trasladó á esta capital, considerando que su deber le reclamaba en México, y sin que nadie le llamara, llegó y se puso á las órdenes del Gobierno, no obstante su filiación de antimaderista.

Llegó el día siguiente. La ciudad no daba señales de vida. Se abrigó la creencia de que el Gobierno había entrado ya en conferencias con los rebeldes, y que la situación quedaría

definida en breve tiempo.

Pero todas estas esperanzas rodaron por



tierra al escucharse los primeros cañonazos, á

las diez y minutos de la mañana.

El señor General don Victoriano Huerta había preparado, desde la noche anterior, un plan de ataque, que se aprobó en la junta militar de guerra celebrada ese día, con los jefes á su mando, generales José Delgado, Cauz, Sanginés, Mass, Felipe Angeles, Coronel Castillo, jefe del séptimo batallón, y Teniente Coronel Ocaranza.

En esta junta de guerra se acordó que el ataque á la Ciudadela se haría por cuatro columnas, que estarían situadas á los lados Norte, Sur, Este y Oeste del baluarte felixista. Estas columnas estarían al mando de los Generales Cauz, Delgado, y Coronel Francisco Romero.

El primer intento de asalto

La columna del Norte estaba al mando del General Mass; la del Sur al del General Cauz, y las del Este y Oeste, estaban mandadas por los Generales Delgado y Angeles, res-

pectivamente.

Las posiciones de los felicistas, antes de que empezara el combate, comprendían todos los edificios de los alrededores de la Ciudadela, como Belén, Parque de Ingenieros y algunos otros de considerable altura. Las avanzadas revolucionarias estaban situadas á tres y cuatro cuadras de radio de la Ciudadela.

Las tropas del Gobierno rodeaban la Ciudadela á una distancia de seis ó siete calles más allá de las que ocuparan las avanzadas felixistas. Las piezas de artillería de las cuatro columnas del Gobierno, se hallaban al lado Poniente de la Alameda, en la Rinconada de San Diego; en la Estación de Colonia, y en algunos otros puntos.

Los defensores de la Ciudadela, descubrieron uno de los cañones de los gobiernistas y dispararon un certero cañonazo sobre el,

generalizándose el fuego.

El General Mass, jefe de la columna del Norte, logró emplazar una pieza en la bocacalle de Balderas, que inmediatamente fué destruido por un certero cañonazo de la Ciudadela. Por el Sur y Oeste se emplazaron dos cañones en la misma dirección de los felixistas.

Se ordenó el avance, cerca de las doce del día, de la columna que operaba por el lado



Norte. El Coronel Castillo, jefe del séptimo Batallón iba al frente de la columna; las ametralladoras de los felixistas hacían muchas bajas en las filas enemigas, y el jefe del séptimo Batallón cayó muerto por una bala.

Inmediatamente tomó el mando del Ba-

tallón el Teniente Coronel Alatriste.

La columna tuvo que replégarse en vista del fuego certero con que lo recibía. El Coronel Francisco Romero, Presidente de la Cámara de Diputados dictaba órdenes, de acuerdo con el General Mass á la columna del Norte.

El combate era sangriento.

La Artilleria de la columna al mando de los Generales Angeles y Caus no podían fun-

cionar, pues faltaban granadas.

Besem estaba en poder de los soldados del Batallón de Seguridad que se había pasado á manos de los federales y de éstos á los rebeldes.

El señor General Mondragón dirigía el combate por el Norte y Oeste de la ciudad, y el General Díaz por los lados Este y Sur. Una de las baterías que estaban al mando de éste jefe causó bajas en las filas enemigas, y aniquiló casi por completo el treinta y nueve Batallón.

El ascance de las basas durante el bombardeo fué mayor del que desearan los combatientes. Llegaban las granadas á considerables distancias, causando estragos en personas y hogares de los no combatientes.

Los perjuicios y desperfectos sufridos fueron numerosos, y principalmente en las calles de Balderas y Rinconada de San Diego.

Hasta el Hospital Juárez, que se encontraba pletórico de heridos llegaban verdaderas lluvias de balas. Cerca de las doce cayeron varias metrallas, que causaron desgracias personales, resultando heridos practicantes y doctores.

Una ametralladora que estaba emplazada en una azotea de la calle de San Diego fué desmontada por los felicistas, yendo á causar serios perjuicios las balas dirijidas á aquel sitio en un edificio de la Avenida de los Hombres Ilustres, frente al templo de San Hipólito, y en el relox de este templo, cuya carátula del frente fué destruida por las balas.

El combate se hacía cada vez más encarnizado. El matraqueo de la ametralladora era opacado de tiempo en tiempo por el imponen-

te ruido del cañón.

La columna del Norte no abandonaba su intento de avanzar á la Ciudadela, pero las bajas que les causaran las balas del enemigo hizo replegrse y desistir de su empresa.

Cerea-de las doce y media un centenar de rurales trataron de pentarar por las calles de Balderas con dirección al baluarte rebelde, pero una ametralladora barrió á caballos y ginetes que fueron á estrellarse contra las ban-

quetas y paredes.

Cerca de las seis de la tarde, por acuerdo tácito de los combatientes cesó el fugo y se levantó el campo. Por las calles se veían cruzar con rapidez asombrosa, automóviles de las Cruces Blanca y Roja conduciendo á los Hospitales ó puestos de socorro más inmediatos, á los muertos y heridos de aquel combate que duró ocho horas contínuas.

Cerca de las seis de la tarde llegó á la capital, atendiendo á una orden de la Secretaría de Guerra, el señor General D. Gui-



llermo Rubio Navarrete, que fué nombrado Comandante General de Artillería. A este pundonoroso militar le debe la ciudad mucho, pues se negó á bombardear la Ciudadela, cosa que hubiera ocasionado graves perjuicios á la población. Su actitud mereció un aplauso unánime.

Durante el día llegaron por varias estaciones fuerzas de Cuernavaca y de Puebla.

No había granadas, y las pocas que trajeron consigo las fuerzas llegadas el día anteror

se habían disparado ya.

Las primeras disposiciones del General Rubio Navarrete, fueron fabricar granadas, lo que con muchas dificultades pudo hacerse. Tres mil granadas se fabricaron únicamente: se dieron órdenes de que el parque que estaba distribuido en diferentes lugares de la República fuera trasladado á la capital á la mayor brevedad posible.

El señor General Blanquet, que era esperado en esta capital, de un momento á otro, Envió desde Toluca un mensaje al Presidente Madero en el cual protestaba de la especie que se había propalado respecto á que había defeccionado. El Sr. Madero contestó á dicho jefe militar diciéndole que nunca había dudado de su lealtad y que ya mandaba hacer las rectificaciones que deseaba.

En medio de una sosobra sin límites llegó la noche. Las fuerzas combatientes continuaban en sus mismas posiciones, y se preparaban al combate del día siguiente, haciendo todos los dispositivos que el caso requería.

Lo horrible

Había sonado la hora suprema de las reivindicaciones; la ciudad presentaba un aspecto sombriamente triste; las calles estaban mudas y desiertas; aquí y allá se miraban los muros de un hermoso palacio clareados por las balas de los fusiles y ametralladoras; en mitad del arroyo un caballo ó una acémila muertos eran pasto de enlutadas moscas, que revoloteaban con vuelo trágico en redor de sus carnes ya en estado de putrefacción; el comercio, con sus puertas cerradas á piedra y lodo, daba una pincelada dolorosa en el cuadro luctuoso que representaba á la ciudad en estado agónico.

Los árboles de los jardines y paseos públicos entrelazaban tristes y medrosos sus recios ramazones que empezaban á verdear con frescas hojas; todo indicaba desolación y luto. Las aves cruzaban el espacio raudas y veloces llevando consigo la alegría ya muerta de

los campos y bosques.

El eco del cañoneo no cesaba ni un instante; la carátula del reloj de San Hipólito semejaba el blanco de tiradores; el silbido de las balas, el incesante ruido re la ametralladora y el sepulcral mutismo de las calles desiertas, inyectaban al espíritu el dolor más acerbo, la desesperación más profunda, el horror á la muerte y el amor á la vida. Vivir queríamos todos, no obstante que contemplábamos el cuadro más horrible que hubiera podido concebirse





Señor General don Victoriano Huerta.

INEHRM

udios Históricos de las voluciones de México Nuestros ojos se habían habituado ya áleer diariamente con grandes caracteres en las columnas de los periódicos de información, noticias de que los zapatisteas habían asaltado éste ó aquel pueblo; que habían saqueado los comercios, vejado á los vecinos, matado á las primeras autoridades y marchitado la honra de las más hermosas chicas del lugar.

El espíritu ya se habla hecho a quél medio; y lo que en un principio asombrara pasó á figurar en la lista de las vulgaridades.

Los temores de que la población cayera de un momento á otro en poder de las huestes del Atila del Sur, como llamaran á Emiliano Zapata los mismos periódicos, habían desaparecido, no por lo infundado de la versión no por lo ilógico del suponer, sino porque se creía una temeridad incapaz de zapatistas acostumbrados á hacer de las suyas en poblaciones pequeñas y desguarnecidas.

Hubo razón, y no poca, del pánico que se apoderó de los habitantes de la capital, desde que se tuvieron las primeras noticias de que ésta había sido tomada por los felixistas; no se temió por las haciendas sino por los estragos del combate; la vida en constante per ligro, era la aflicción de todos los no combatientes.

Horror indescriptible en su más alta concepción se había apoderado de los espíritus débiles y fuertes. La tensión nerviosa era insoportable.

ban patrullas de gendarmes ó soldados, reve-

lando sus rostros la tristeza de sus almas va-

roniles y fuertes.

Nadie se atrevía á salir de su casa por temor de que una bala traicionera pusiese fin à su existencia; pero la necesidad de vivin obligaba á abandonar el rincón más aparlado 'del hogar para ir en busca del pan de la familia.

Y no era extraño ver que uno de aquellos resignados hombres, que con el corazón hecho pedazos se apartaban de la esposa y de sus hijos, cavera herido mortalmente al cruzar

una bocacalle.

La muerte se sernía trágicamente sobre la ciudad de los palacios; las campanas de los relojes sonaban lágubremente; el sol iluminaba con sus tíbios rayos aquel cuadro doliente: caras femeninas, densamente pálidas, atizbaban detrás de una vidriera, temerosas.

El silencio de las calles era interrumpido de vez en cuando por el ruido que producían los cascos de los caballos al tropezar con las piedras; uno que otro atrevido curioso, trataba de mirar con unos gemelos, lo que la disin many the state of

tancia le ocultaba.

El primer día, el domingo 9, todos abrigaban la esperanza de que á las pocas horas todo quedaría solucionado; pero llegó la noche. Los rebeldes se habían apoderado de la ciudadela; se habían hecho allí fuertes; el ha marte estaba erizado de cañones. El Gobierno á su vez, estaba fortificado en Palacio y se habían dado órdenes de que tropas de todas partes de la República se concentraran á fin de desalojar á los alzados.

Siguió el lunes, día de calma, y de des-



velo espectante.

El martes principió el cañeneo cegando vidas. Honda desilución hirió las almas. Y con la esperanza en el futuro día, así pasaron

miércoles, jueves, viernes y sábado.

Desde el martes poderosos automóviles cruzaban con veelocidad vertiginosa las principales arterias de la capital, llevando á bordo miembros de las humanitarias Cruces. que abandonando todo prejuicio y de la manera más desinteresada, cumplieron su misión, bajo lluvias de balas recogían á los muertos y heridos, en su mayor parte curiosos.

El Paseo de la Reforma en cuyo fondo se alza majestuoso en la colina histórica el Alcázar de Chapultepec, estaba abandonado y triste; la Aveniad de San Francisco, las calles preferidas de la alta sociedad, permanecían envueltas en silencio de tumba, con sus inmóvi-

les bujías eléctricas á los lados.

La ciudad parecía aletarbada á primera vista; pero en su interior era presa de una conmoción hondísima; no había un hogar que estuviera tranquilo ni un cerebro quedescansara.

Todo México permanecía en vela; las noches eran interminables, los días horriblemente tristes; y en estas condiciones no se podía

vivir más.

Poco tiempo antes de que se resolviera la situación, ya no era el terror de la guerra unicamente, el que fustigaba los espíritus; angustiaba pensar que el pueblo bajo se levantara por hambre y que el más espantoso saqueo diera fin á la situación.

Las puertas de los hospitales abriánse constantemente para dar paso á un herido ó

un muerto que en brazos caritativos era conducido; ya para atenderlo y salvarle la vida,

ya para sepultarlo.

Aurigas atrevidos conducían sus carruajes; y con la vida en un hilo y por sumas crecidas, transportaban de un lugar á otro á familias temerosas. Ayes desgarradores, sollozos entrecortados, amargas lamentaciones, dolorosos comentarios herían los oídos y partían el alma.

El eco del cañón y el matraqueo de la ametralladora dejaban de escucharse durante cortos intervalos de tiempo para reanudarse con más ímpetu, con más ardor, á los pocos instantes.

Pasaban los minutos, las horas, los días y el combate no terminaba. Carros de la basura pasaban lenta y lúgubremente por las calles de la ciudad conduciendo hacimientos de cadávres, sin distinción de sexos ni de clases, ses, que llevaban á incinerar á los campos de Balbuena.

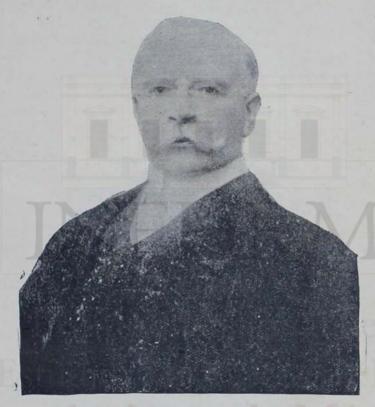
Después este servicio fúnebre se hizo insuficiente para conducir tantos cadáveres, y en las propias calles cuerpos inmóviles y lívidos, carentes de existencia, eran quemados con cualquier combustible, que algún caritativo facilitaba en previsión de peste.

Las calles de la ciudad presentaban un aspecto macabro: la muerte sonreía con son-

risa trágica.

Las balas habían hecho víctimas en el interior de las mismas habitaciones; el fragor del combate era más intenso; tal parecía que el final de la tragedia había de ser la desaparición de la ciudad entera.





Licenciado don Francisco León de la Barra.

INEHRM

studios Historicos de las voluciones de México Las salas de los hospitales se hacían insuficientes para contener tantos heeridos, tanta víctima inocente del furor de la guerra.

La atmósfera con olor de pólvora y de

tumba se hacía irrespirable.

La ciudad estaba convertida en cementeric; y los vivos parecían existir sobre la tierra para velar á los muertos únicamente.

Y en medio de este interminable acontecimiento que conmovió las desgarradas entrañas de la patria, surgió un fantasma envuelto en la bandera de las barras y las estrellas que amenazaba acabarlo todo, consumirlo todo, no dejar nada en pie. Y entonces fué cuando se pensó en el futuro, cuaudo acudió el cedebro entorpecido la idea. Y ante el horizonte obscuro que la vista contemplara los labios pronunciaron esta palabra que dictaba el alma: ¡Paz!

Fué el martes diez y ocho cuando la ciudad, haciendo un supremo esfuerzo para despojarse de la pesadilla que la había hecho presa, escuchó los gloriosos repiques de las campanas de los templos que anunciaban el derrocamiento del Gobierno, y prometían una

futura era detranquilidad y progreso.

El cañoneo había cesado; las calles eran invadidas de extremo á extremo por curiosos, en cuyos rostros se reflejaba la alegría. Las campanas continuaban repicando; la tranquilidad volvía á los espíritus lentamente; el entusiasmo fué desarrollándose, y de manera súbita el clamor del triunfo se escuchó por todos los ambitos de la capital: ¡habría paz y justicia! a paz tan sinceramente anhelada, la justicia tan envilecida.

Los cafiones permanecían mudos; los combatientes descansaban de las fatigas de la lucha; y de todos los labios, de todos los corazones, salían palabras de reconocimiento y gratitud para aquellos que habían devuelto la paz.

Sonó la hora del triunfo y todos se aprestaron á colaborar en la obra de la República para devolverle las energías perdidas, y la san-

gre derramada.

Y en los campos desiertos saturados de emanaciones insalubres, permanecían los cuerpos carbonizados; todos en macabro hacinamiento. Las calles regadas con la sangre de los hermanos, volvieron lentamente á su habitual estado; el comercio abrió sus puertas nuevamente; y el sol, ese sol que no calentara en los días de la lucha fué benigno.

Las hadas bienhechoras cubrieron con sus mantos á los desvalidos y volvió la tran-

quilidad á los atribulados espéritus.

Y, como gloriosa clarinada, repercutió por todos los ámbitos la palabra: ¡Paz!...



Los días rojos

La noche se pasó relativamente en calma. Amaneció el miércoles sin que se hubiera registrado nada digno de mención.

En la Ciudadela se notaba la misma animación que reinara antes del combate. Motoristas, conductores y gente del pueblo se había presentado á los Generales Díaz y Mondragón para filiarse en sus fuerzas. Varios motoristas fueron encargados para servir á los oficiales de las ametralladoras. El día anterion había sido desmontdo hábilmente por los soldados felixistas un cañón del Gobierno que estaba haciendo numerosos disparos sobre la Ciudadela.

Una de las fases más interesantes del combate del miércoles, fué con duda el asalto al edificio de la sexta comisaría por parte de las fuerzas del Gobierno, que estaba en poder de los soldados felixistas.

Este edificio había sido objeto de las miras de ambos contendientes, pues su altural denominaba completamente las posiciones enemigas. Las fuerzas del Gobierno no se habían dado cuenta que este edificio estuviera en manos de los felixistas y por ello al pasan por las cercanías la columna del General Delgado, fué recibida por nutrido fuego.

El General Delgado; una vez pasada la sorpresa ordenó á sus fuerzas tomar la posición. Las órdenes fueron obedecidas Inmediatamente y se hicleron varias descargas de Artillería y fusilería sobre la avanzada felixista que estaba posesionada en aquel sitio, teniendo esta más tarde que abandonr aquella posisión en vista de los disparos de la Artillería enemiga que habían hecho grandes extragos en la torre y el reloj del edificio y que empezaban á desmoronarse.

La columna trató de seguir su marcha sobre la Ciudadela después de haber dejado posesionados de la sexta Comisaría á un grupo de soldados federales; pero al llegar al jardín que está situado en la última de las calles de Revillagigedo se vieron obligados á retroceder por los certeros disparos en una avanzada felixista que se encontraba en las alturas de una casa de la calle de Pescaditos.

Cerca del medio día fué atacada la Ciudadela por la zona Sur, lo que obligó á los defensores del baluarte á contestar el fuego, haciendo funcionar sus cañones avocados hacia el ángulo Noroeste de la Cárcel de Belem. Al los primeros disparos cayó un pedazo del muro que circunda el presidio por donde pudieron escapar varios centenares de presos que se presentaron más tarde á la Ciudadela, ofreciendo sus servicios. Otros pudieron huir en medio de las balas.

El General Angeles desde la calzada de la Teja hacía funcionar sus cañones con muy poco éxito y causando extragos en edificios de nacionales y extranjeros, ubicados en la Colonia Juárez.

Por disposición de la Secretaría de Guerra los alumnos del Colegio Militar regresaron el Castillo para defenderlo en caso del ataque que se decía era inminente. Los cadetes hicieron todos los preparativos de defensa ba-



jo la dirección del General Joaquín Beltrán que en otros tiempos estuviera al frente de ese Establecimiento Militar.

La Artillería de la Ciudadela durante el combate, había estado haciendo certeros disparos sobre las fuerzas del Gobierno, llegando varias metrallas hasta el Zócalo y siete á la puerta Mariana; una de estas metrallas llegó á estallar en un rincón de la entrada, hiriendo de gravedad á varios soldados que se encontraban de guardia.

Mariano Duque, el que en unión de Solón Argiiello instigara á la turba para incendiar los periódicos independientes, paseaba ál ese día por las principales calles de la capital seguido de varios harapientos que lanzaban vivas á Madero, á la legalidad y al sufragio Efectivo.

A las once de la mañana los señores Embajador de los Estados Unidos, Ministro de España y Ministro de Alemania, se presentaron en el Palacio Nacional para hablar con el Presidente de la República, á fin de pedirle garantías y que no se disparara con dirección á las zonas donde no se combatía.

Igual visita hicieron los referidos diplomáticos al señor General Félix Díaz, el cual les prometió las más amplias garantías para sus nacionales. Los señores diplomáticos quedaron muy complacidos de esta entrevista.

Cuando se anunció la llegada de los señores representantes de Estados Unidos, España y Alemania, á la Ciudadela, un grupo de los revolucionarios formaron valla, para que pasaran los señores diplomáticos, á los cuales presentaron sus armas. El General Blanquet no llegaba á la capital y se lanzaron variadas especies sobre el retardo de su viaje. Se aseguró que se negaba á pelear contra de los felixistas. Un periódico dijo qu el General Blanquet había recibido órdenes de continuar como jefe de las armas en el Estado de México, para que los zapatistas no se aprovecharan de su ausencia y tomaran la capital de aquella entidad.

El sol se encaminaba hacia su ocaso. No dejaban de escucharse los disparos de armas de fuego. Llegó la noche, y el combate no daba señales de suspenderse ni un instante.

Automóviles llevando á bordo militares,

recorrian la ciudad.

A los hospitales y puestos de socorro llegaban en fúnebre é interminable cortejo, los heridos.

Todavía, como á la media noche, se percibía el lejano eco de los disparos de las fuerzas contendientes.

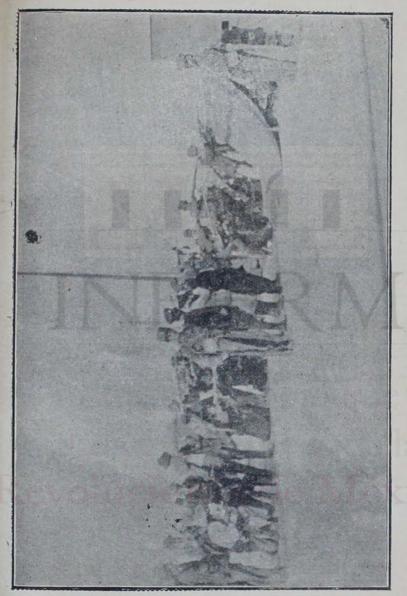
Llegó el jueves, precedido de tragedia, manchado de sangre.

En una junta militar de guerra celebrada el día anterior se había acordado que en esa fecha se bombardearía la Ciudadela en toda forma.

La noticia cundió por todas partes, sembrando la alarma y el pánico más indescriptibles. ¡La ciudad sin duda perecería bajo la terrible acción de los cañones!

Desde las primeras horas de la mañana principió el tiroteo entre las fuerzas enemigas. Las balas hacían horribls estragos; sembraban de cadáveres las calles. La gente huía.... huía de la ciudad hacia las poblaciones vecinas,





Voluntarios felicistas en la Ciudadela.

INEHRM

NAME OF STREET OF STREET

Revoluciones de México

En aquella carrera loca, muchos hombres y

mujeres perecieron.\$

La alarma fué mayor en vista de la carencia de noticias. "El Mexican Herald" no salió ese día por disposición de las autoridades. Las noticias recogidas por Zea y Espinosa, los únicos repórters que se atrevían á todo para encontrar noticias, permanecían en los carnet. Zea y su compañero iban de un lado á otro; de extremo á extremo; del campamento federal al revolucionario, en demanda de noticias que sólo el cable transmitía con su laconismo á todos los países del mundo. Los dos informantes expusieron su vida. Zea estuvo á punto de ser fusilado por un grupo de agentes de la reservada, al salir del Restaurant Gambrinus.

"El Imparcial" tampoco salió ese día. Por más esfuerzos que hiciera Gonzalo de la Parra, al grado de ir á buscar en un vehículo á los operarios, y no pudo encontrar más que uno solo.... y era aprendiz.

El temor se hizo más intenso.

El cañoneo no cesaba ni un instante. En la esquina de la calle de Balderas se encontraba, al mando de una pieza de artillería el Teniente Ponce de León. El fuego del enemigo era cada vez más nutrido; el joven Teniente con valor temerario, quedaba solo manejando su pieza; ya le habían matado á todos sus hombres. Hizo un supremo esfuerzo para impedir el avance de las tropas enemigas, pero la superioridad numérica de ellas le obligó a regresar hasta la Ciudadela.

Y al frente de un grupo de rebeldes se dirigió á rescatar la pieza, estoicamente vale-

roso, lanzando vivas á la revolución.

Púsose al frente de sus hombres que con toda precaución marchaban. Ponce de León se encontraba cerca... muy cerca de la pieza.... ya parecía alcanzarla con la mano. Iba á lanzar un grito de alegría, cundo una bala le atravezó el pecho, y sin vida cayó en el pavimento ensangrentado de la segunda calle de Balderas.

La brevedad de la narración nos impide

referir otros muchos casos heróicos.

Así transcurrió el jueves, en medio de una incertidumbre sin límites y de un terror pánico indescriptibles.

Esa noche los rebeldes no descanzaron ni un instante; iban y venían en tragín constante. La obra de artillamiento del baluarte

había sido terminada.

Los centinelas y las avanzadas rendían partes á cada momento. La artillería no cesaba de funcionar. Los ojos no se cerraban en toda la noche, los cuerpos no descansaron ni un momento de las fatigas de los anteriores combates.

El jueves por la mañana el Gobierno declaro desconocer á las Cruces Blanca y Roja, llamándoles á sus miembros traidores, espías, y calificándolos con los más duros adjetivos. Se amenazó á los miembros de estas humanitarias instituciones con fusilar á aquel que portara el brazal de las Cruces ó atendiera un herido.

La humanidad lloraba. El alma se rebelaba contra tales disposiciones que ni los zapatistas hubieran decretado.

Los heridos, sangrándose, permanecían tendidos en el campo de la lucha. El servicio



sanitario no atendéa á tanto herido. El Hosp tal Militar estaba pletórico de víctimas de l guerra.

Pasó el jueves. La esperanza de una prorta resolución mitigaba un tanto la pena.

Al día siguiente la revuelta continuab

cegando vidas y destruyendo la ciudad.

El viernes aparecieron varios pasquine de la porra que se imprimían bajo la dirección de Solón Argiiello en el Museo Naciona en los cuales se daban á conocer los triunfo de los soldados del Gobierno sobre los rebedes, de quienes se decía se encontraban pedidos, pues no tardarían en caer en manos das fuerzas federales.

Los Ministros extranjeros iban y venía diariamente de sus respectivas Legaciones Palacio, en donde celebraban conferencias co el Presidente de la República, que cada día s mostraba más renuente á dimitir.

Se recibió la noticia de que el Gobiern americano había decidido intervenir en lo asuntos interiores de nuestro país, y que co ese fin había enviado tres acorazados á Voracruz y estaba reconcentrando fuerzas e Gálveston

El Presidente Madero envió un mensije al Presidente Taft explicándole la situació de la República y que creía su resolución cos de pocas horas, pues los rebeldes habían sifrido considerables bajas y estaban muy de moralizados.

A las pocas horas el Sr. Madero recibi el siguiente mensaje de Washington: Washington, 16 de Febrero de 1913.

A su Excelencia Francisco I. Madero, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos.

México.

Por el texto del mensaje de Su Excelencia que recibí el día 14, se desprende que ha sido algo mal informado respecto de la política de los Estados Unidos hacia México, la que por dos años ha sido uniforme, así como también respecto á las medidas navales ó de cualquiera otra índole que hasta aquí se han tomado, medidas que son de precaución natural, y ya el Embajador me telegrafió que cuando usted fué bastante bondadoso de mostrarle su telegrama á mí dirigido, hizo notar á usted este hecho.

En consecuencia, Su Excelencia debe estar advertido de que los informes que se dice han llegado á Usted relativos á que ya se han dado órdenes para desembarcar fuerzas han sido inexactos. Sin embargo, el Embajador que está plenamente informado, ha recibido instrucciones para proporcionar á Usted las informaciones que desee.

Juzgo innecesarias nuevas seguridades de amistad á México, después de dos años de paciencia y buena voluntad.

En consideración á la especial amistad y á las relaciones existentes entre ambos países, no puedo llamar lo bastante su atención á Su Excelencia sobre la vital importancia del pronto restablecimiento de esa paz real y or-

pronto restablecimiento de esa paz real y orden que este Gobierno ha esperado ver establecidos, ya porque los ciudadanos america-

NA THE PARTY OF TH

nos y sus propiedades tienen que ser protegidos y respetados, cuanto porque esta nación simpatiza profundamente con las aflicciones

del pueblo mexicano.

Recíprocamente á la ansiedad manifiestal en el mensaje de Su Excelencia, creo de mi deber añadir sinceramente y sin reserva, que el curso de los acontecimientos durante los dos últimos años y que hoy culminan en una situación muy peligrosa crea en este país un pesimismo extremo y la convicción de que el deber imperioso de estos momentos está en aliviar pronto la actual situación.

WILLIAM H. TAFT.

La lucha continuaba encarnizada el sábado. Las fuerzas de ambos bandos peleaban con sin igual arrojo. Las conferencias diplomáticas en el Palacio Nacional se suspendieron. La situación cada día era más aflictiva. Los artículos de primera necesidad habían subido á precios fabulosos. El hambre aparecía en el horizonte, descarnada y trágica.

El combate del sábado fué sangrientísimo. Los contendientes luchaban con verdadera furia. Pasaban los minutos, las horas, y el

combate no cesaba.

A las dos de la mañana continuaban luchando, casi desfallecidas, las fuerzas contendentes.

El despertar del domingo fué alegre. La buena nueva de un armisticio llevó una esperanza á los espíritus abatidos por la intensa emoción.

Las calles se empezaron á ver invadidas por gentes que caminaban presurosas, con

cierta desconfianza. Las campanas de los tem-

plos llamaban á misa.

Se hizo circular un boletín de la Secretaría de Guerra en el que se ponía en conocimiento de los habitantes de la ciudad, que ese Ministerio había concedido un armisticio de veinticuatro horas que se empezarían á contar desde las dos de la mañana.

Muchas familias, aprovechándose de la tregua, salían de la ciudad para refugiarse en

poblaciones foráneas.

Verdaderas peregrinaciones de emigran-

tes cruzaban por las calles de la ciudad.

Una multitud de curiosos permanecía por los alrededores de la Ciudadela viendo los efectos de las metrallas en los edificios cercanos. Los almacenes de abarrotes se encontraban pletóricos de gente que había ido á comprar mercancías para surtir sus despensas.

Serían las dos y minutos de la tarde cuando se escucharon varios cañonazos: el armisticio se había roto, y el combate continuaba, aunque no con el brio de los primeros días.

La gente huía, y volviendo los rostros

a cada paso llegaba á sus hogares.

Toda la tarde del domingo y parte de la noche duró el combate. Desde las primeras horas de la mañana del lunes se escuchaba el nutrido cañoneo, que duró también todo el día.

La situación era imposible ya. En todos los hogares se elevaban oraciones piadosas para que el Presidente Madero renunciara. Los maderistas estaban inundados por la desesperanza. El Gobierno en nueve días no había podido someter á los sublevados.

Todo el lunes siguió el combate. Ese





Víctimas en la plaza de la Constitución.

INEHRM

voluciones de México

mismo día, llegó á Tacuba la columna del señor General D. Aureliano Blanquet. Formaba parte de dicha columna el denodado 2904 Batallón.

El General Blanquet ordenó que sus fuerzas acamparan en la Calzada de Tacuba, mientras él se trasladó á esta capital á hacerse, presente al Jefe de las tropas del Gobierno, General Victoriano Huerta.

Regresó más tarde, ordenando la marcha á esta capital, á donde llegaron, formando su campamento frente al Palacio Nacional.

El martes continuaba el combate toda.

vía....

De la Barra pacifista

Cuando los momentos de prueba eran más terribles, cuando la opinión, de acuerdo en todo con el movimiento revolucionario, temía que los rebeldes fueran aniquilados en la Ciudadela, el Sr. Lic. D. Francisco León de la Barra, en su carácter particular, que era el único que tenía entonces, aunque su prestigio político le daba grandísima importancia, envió una carta al Sr. D. Francico I. Madero para pedirle que utilizara sus servicios como parcificador.

El Sr. Madero, en su carácter de Presidente de la República, contestó que era inútil cuanto se tratara de arreglar, pues que estaba decidido á exterminar á los rebeldes si no se sometían al orden.

La actitud del Sr. de la Barra causó mag-

nífica impresión en toda la ciudad. El temor de que en las calles mismas de la Metrópoli se librara un encuentro á balazos, y más, aún, qu se diera á los zapatistas una oportunidad para que envalentonados por la situación del Gobierno entraran á saco en toda la población, hacían que el aplauso de la opinión al Sr. de la Barra, fuera unánime.

Pero no lo entendió así el Sr. Madero, creyendo tal vez que disponía de elementos

para aniquilar á los de la Ciudadela.

Esto ocurría el día 10, uno después de que el movimiento insurreccional había estallado y ya cuando el Sr. Madero había regresado del Estado de Morelos, trayendo consigo á la brigada incompleta el señor General D. Felipe Angeles, uno de los jefes militares más adictos al Gobierno.

El Cuerpo Diplomático había hecho gestiones de paz durante los tres primeros días del combate y mada había obtenido. De la Presidencia de la República salían telegramas en los que se anunciaba para muy pronto la total sumisión de los rebeldes,—cada día más fuertes,—y en los que se daban garantías á los Gobiernos extranjeros, de la vida é intereses de sus nacionales en México.

Después del sangriento combate del martes y del no menos terrible y sangriento del miércoles, la casualidad hizo que los señores de la Barra y General Angeles se encontraran en la Legación Inglesa.

El General Angeles recibió del patriota Sr. de la Barra las indicaciones necesarias para que volviera á interponer sus servicios en



pro de la paz al lado del señor Presidente de

la República.

Al día siguiente el señor General Angeles llevó al Sr. de la Barra la súplica del Sr. Madero, para que se presentara en Palacio á conferenciar.

Se trasladó inmediatamente el patriota hasta el Palacio Nacional y allí celebró una conferencia con el señor Presidente.

Lo que se trató en tal conferencia fué sumamente delicado. El Sr. de la Barra expuso la necesidad de un arreglo inmediato con los rebeldes, pues que no era posible que la situación de la población continuara siendo la misma.

Patrióticamente el distinguido pacifista exortó al Sr. Madero para que depusiera su ac-

titud intransigente.

En nombre de la República dolorida por la hecatombe que se estaba registrando en la capital, habló el Sr. de la Barra y logró al fin que el Sr. Madero lo comisionara para que tuviera con el Brigadier Félix Díaz una entrevista en el interior de la Ciudadela y en la que se expusieran las exigencias de los rebeldes.

El Sr. de la Barra salió del Palacio Nacional con la certeza de que se llegaría á un acuerdo, pues creía haber logrado que el señor.

Presidente depusiera su actitud.

Dejó el desinteresado intermediario el auto en que se trasladó del Palacio á la Colonia Juárez, en la casa de la Sra. Da. Elena Mariscal de Limantour y acompañado de su hermano y llevando una bandera blanca en las manos, se dirigió hasta la Ciudadela.

El patriotismo del Sr. de la Barra demosrado en esta ocasión en la que estuvo á punto le sacrificar su vida por el bienestar general, ué motivo de elogios por parte de los hombres que estaban en la Ciudadela combatienlo y es uno de los razgos más brillantes de la existencia del patriota mexicano.

En la fortaleza militar donde se encontraba el señor General Félix Díaz y el señor General Manuel Mondragón, causó honda sensación la llegada del delegado de paz. Se le hicieron demostrciones de simpatía y desde luego se puso á conferenciar con los Jefes

militares que encabezaban la rebelión.

De esta conferencia obtuvo el Sr. de la Barra las condiciones que ponían los rebeldes para someterse: que renunciara el señor Presidente, el señor Vicepresidente y los señores Secretarios de Estado.

El Sr. de la Barra fué al Palacio Nacional con el pliego en el que los rebeldes exponían sus condiciones para hacer la paz.

El Sr. Madero contestó al Sr. de la Barra con una nueva y rotunda negativa. El no

dejaría el poder sino muerto.

Por indicaciones de un grupo de sus amigos el Sr. Lic. de la Barra estaba alojado en la Legación inglesa, donde recibía las atenciones del señor Ministro Stronge; cuando recibió aviso de que se preparaba un complot para asesinarlo. Indignados los maderistas que siempre odiaron profundamente al Presidente "Blanco" porque comprendían que era imposible al maderismo opacarlo, decidieron agotar la existencia del Sr. de la Barra, como habían sacrificado tantas otras en las Demaraciones de Policía.



Al recibirse la noticia en la Legación, los señores encargados de ella dieron prueba de un profundo sentimiento de simpatía para el Sr. de la Barra y decidieron sacrificarse todos antes de que las turbas porristas encabezadas ya por gente armada, fueran á atentar contra la vida de su ilustre huésped.

El Sr. de la Barra asumió, entonces una actitud que es digna de consignarse en las páginas de nuestra historia por la grandeza de sentimientos que revela. Temeroso de que fueran á sufrir los súbditos ingleses vejaciones por las turbas maderistas, quiso salir á la ca-

Ile.

—Deseo sacrificarme sólo, pero evitar que sufran ustedes y con ello que mi país re-

ciba de Inglaterra una amenaza.

Se hizo desistir al Sr. de la Barra de su intento, y ocurrió entonces un hecho que revela las profundas simpatías que tiene el patriota ex-Presidente de la República en el Ejército.

Es el caso que el Mayor de Artillería señor Francisco M. Osorno fué requerido por alguien para ver si podía resguardar la Legación en el caso de que sufriera un ataque por parte de las turbas maderistas.

—Antes que toquen un cabello del Sr. de la Barra, todos los hombres que están á mis órdenes y yo el primero sucumbiremos—dijo el señor Mayor Osorno por toda respuesta.

Entre tanto el Cuerpo Diplomático hacía toda clase de gestiones para que la terrible situación se resolviera lo más pronto posible.

La actitud del Ministro de España, excelentísimo Sr. D. Bernardo de Cólogan y Cólo-

gan y la del Embajador de los Estados Unidos, Excmo. Sr. Wilson, eran de concordia al

lado de los dos bandos contendientes.

Pero en tanto que el señor Ministro de España era agasajado en la Ciudadela, donde le dispensaban los rebeldes todo género de consideraciones, al grado de formarle la guardia y de lanzar vivas á la madre Patria, en el Palacio Nacional, los diplomáticos eran recibidos cada vez con más frialdad y á todo se les contestaba con que el Sr. Presidente Madero resolvería la situación en muy poco tiempo.

Ya no se concedía audiencia á los diplomáticos en los últimos días y eran recibidos cada vez con mayor hostilidad, al grado de que algunos decidieron no presentarse más ante el

Gobierno.

Consignamos un elogio á los señores diplomáticos por la prudencia que observaron ante los acontecimientos cada vez más angustiosos. Supieron todos trabajar en pro de los intereses de sus nacionales y en bien de México. Si no lograron que la situación se resolviera favorablemente en un sólo día fué culpa del Gobierno del Sr. Madero, que no quiso ceder nunca.



El golpe de Estado del Senado

Y, sin embargo, ni en las calles donde caran más combatientes, ni en el interior de la Ciudadela, ni en la línea de fuego, se desarrollaba la tragedia.

La muerte apagaba los ardores de lucha de los combatientes; hacían gemir á los heridos las balas; los que caían en las calles, por imprudentes, dejaban de existir sin un lamento.... Pero lo horrible se desarrolló allá, en el Palacio Nacional, donde paseaba risueño y con su gesto de nervioso, el Presidente Madero. Hombres avezados á la lucha; indomables corazones de varones, veían á aquel hombrecillo que pasaba de salón en salón sonriendo y hablando en voz alta, en tanto que se destrozaba el ejército, en tanto que los millones de seres gemían por la angustia, al mismo tiempo que las granadas rebotaban en el viejo Palacio de los Virreyes....

Madero sonreía y la tragedia se avecinaba; la espantosa tragedia en que estaba á punto de perecer toda una ciudad levantada por cien generaciones, anhelantes de felicidad, ebrias de ensueño de grandeza para México.

Y Madero sonreía, sonreía con tal blandura de alma, tan suave y tan dulcemente, que era imposible creer en ello. No, Madero no fué un apóstol ni un iluminado. Los apóstoles lloraron siempre cuando vieron que sus pueblos gemían por la fatalidad: á la hora de la agonía, el dulce Jesús sintió su alma ensombrecida y triste...

Los Secretarios de Estado permanecían silenciosos al lado del señor Madero, que constantemente conferenciaba con el señor General Don Victoriano Huerta. Nadie opinaba en aquellos espantosos días; todos miraban con angustia la marcha de los acontecimientos, previendo la próxima caída.

Los señores Ministros Pino Suárez y Bonilla aparecían joviales ante los ojos de los habitantes del Palacio Nacional. Ellos inventaban medios de destrucción, proponiendo los asaltos á la recia fortaleza; decían también de al necesidad de armar al pueblo, "que permanecía fiel al Gobierno;" pero, ¿dónde estaba el pueblo? ¿en qué sitio se hallaban aquellas multitudes que un día vitorearon al Gobierno? El Palacio aparecía sombrío, silencioso; las torres de Catedral semejaban dos centinelas avanzados del enemigo....

Y así se prolongó la agonía de aquellos hombres que habían cooperado, algunos de buena fe y otros por servir sus intereses particulares, con el Gobierno del señor don Francisco I. Madero.

La oficialidad que peleaba bajo las órdenes del señor General Huerta, era enemiga del Gobierno; los jefes de los cuerpos también lo eran, y los soldados, sacrificados en largas y estériles campañas, empezaban á sentir odio para aquel Jefe de Estada que era ridículo, según la prensa, y que tenía de enemigo á un hombre que les recordaba al caudillo Porfirio Díaz.

Sólo los cuerpos rurales, que eran enviados al matadero en columnas cerradas y montados, eran fieles al Gobierno, por las distinciones que recibían, del mismo, sus jefes.





Lugar donde cayó muerto don Francisco I. Madero.

INEHRM

voluciones de México

El General Huerta sentía la enorme presión de la oficialidad enemiga del Gobierno. Tal vez él mismo recordaba que le habían pagado con calumnias y con deseos de expulsarlo del país, aquellos hombres por los que su oficialidad, sus amigos, se estaban destrozando entre sí. Pero no podía resolver nada, porque la desconfianza del Gobierno era notoria.

Dos veces estuvo aprehendido el General Huerta, y en las dos ocasiones logró evadir que el Presidente de la República ratificara la or-

den que había dado de palabra.

El elemento diplomático cooperaba á empeorar la situación de los hombres que rodeaban al Gobierno del señor don Francisco Madero. Las reclamaciones de los Ministros extranjeros y las notas de los países amigos, eran cada vez más enérgicas, pidiendo una solución rápida.

Hasta el Palacio Nacional llegaban las que jas de las familias que estaban sufriendo por el bombardeo de ambos contendientes.

Y en medio de aquella espantosa catástrofe, que cada vez se avecinaba más al Gobierno maderista, el señor Presidente Madero sonreía

su dulce sonrisa de inconsciente.

Se esperaba de las Cámaras una determinación, pero inútilmente, pues los diputados antigobiernistas habían huído por temor de ser fusilados, y los gobiernistas, temerosos de sufrir en un lance personal algún perjuicio, también permanecían ocultos.

Los miembros de la Cámara de Senadores también se hallaban inactivos, comprendiendo que les era imposible resolver una si-

tuación sin la ayuda de los Diputados.

Pero el fracaso de la labor pacifista del señor de la Barra, hizo que un grupo de Senadores, entre ellos el señor ingeniero don Sebastián Camacho, se resolviera á dar un paso decisivo.

El jueves 14 de Febrero, el señor licenciado don Pedro Lascuráin, jefe del Gabinete del señor Presidente Madero, inició, ante un pequeño grupo de Senadores, la necesidad de

resolver la situación en alguna forma.

del señor Senador don Sebastián Camacho.

Allí, el señor Ministro Lascuráin propuso que se trasladaran los Senadores, para celebrar su junta, al Palacio del Gobierno del Distrito, situado en la Plaza de la Constitución; pero unánimemente se negaron los convocados á ir á un sitio que se encontraba protegido por soldados.

El señor Camacho convocó á los señores Senadores para que se celebrara, al día siguiente, una reunión, en la que se tratarían los asuntos que estaban originando la intervención americana. Fueron en busca de sus colegas, los señores Senadores de la Barra, Flores Magón, Guillermo Obregón y otros.

El señor Lascuráin regresó á las siete de la noche, acompañado del señor Comodoro Izaguirre.

Estaban reunidos los señores Senadores.

El jefe del Gabinete maderista, explicó cuál era la verdadera situación del país respecto á los países extranjeros, y el temor que abrigaba de que estallaran algunas complicaciones que dieran origen á una intervención de parte de los Estados Unidos del Norte.



Terminada esta junta, se acordó nombrar una comisión, compuesta de algunos Senadores.

Como el señor licenciado don Gumersindo Enríquez no se encontraba allí; se le fué ál buscar y se negó terminantemente á discutir, sobre el asunto, si no se lograba reunir un número suficiente de Senadores para que tuviera un carácter legal la junta.

Por esta determinación, se aplazó para el día siguiente la reunión, a la que acudieron

veinticinco Senadores.

Se resolvió, por una mayoría abrumadora, que debía pedírseles las renuncias de sus cargos á los señores Don Francisco I. Madero y licenciado don José María Pino Suárez, y á los señores Secretarios de Estado que formaban su Gabinete.

Las discusiones que hubo por este motivo, fueron muy acalarados y se trataron todos los asuntos desde el punto de vista legal, y considerando las probabilidades de una intervención y el daño que sufría la ciudad.

Se nombro una comisión de Senadores, para que pidieran su renuncia al Presidente y

Vicepresidente de la República.

La comisión hizo gestiones encaminadas á tratar con el señor Presidente lo relativo á su renuncia; muchas veces se acercaron los comisionados á ver al señor Madero en el Palacio Nacional, pero se negaban á ello varias personas, que parece estaban al tanto de lo que iban á pedirle los senados en nombre del Senado de la República.

Entre tanto, la situación de la capital iba empeorando más y más. El Gobierno gastaba los pocos cartuchos de que disponía, muy escasos en verdad, pues en la Ciudadela estaba depositado todo el material de guerra de la Nación. Los desperfectos de la ciudad eran mayores por el bombardeo de los cañones del Gobierno y de los rebeldes. Las pérdidas de vida llegaban á cerca de dos mil.

El pueblo continuaba guardando una actitud expectante; pero el hambre empezó á hacer presa en muchas familias. Los empleados públicos, sin tener en qué ocuparse, salían á la hora de más peligro para buscar el pan de sus familias. Los comestibles iban subiendo de precio. La aproximación de la clase infima á violencias espantosas, era ya más temida.

Los zapatistas estaban en las cercanías de la fábricade pólvora, tratando de penetrar á ta población.

En Puebla, el Capitán Felipe Neri había logrado establecer un gobierno revolucionario y preparaba la salida para esta capital, á fin de cooperar, al lado del Genaral Félix Díaz, en la caída del Gobierno.

La situación era, pues, desesperada.

En estas condiciones, se presentó el señor General don Aureliano Blanquet con su bravo 290. A su llegada tuvo una conferencia con el señor General Huerta, que le describió la situación, apegándose á la más estricta verdad.

El martes 18, diez días después de que la lucha se había iniciado, el Senado resolvió la

suerte del Gobierno.

Se había celebrado una acalorada junta de Senadores, en la misma casa del señor don Sebastián Camacho, para tomar una determinación más firme de cuantas se habían toma-



do y que diera, por sus resultados, el apetecido

de lograr la paz.

El acuerdo fué conferir, al señor General don Victoriano Huerta, poderes absolutos para tomar el Gobierno de la República en sus manos, desde el momento en que el Senado desconocía al Gobirno de don Francisco I. Madero como subsistente.

En la Comandancia Militar, el señor General don Victoriano Huerta recibió á los Senadores que le iban á ofrecer la solución del conflicto, nombrándolo Jefe de la República en tanto se resolvía la situación, que estaba

precipitando la ruina del país.

El señor General Huerta vaciló, porque dudaba si cumplía con su deber de mexicano al asumir la investidura de Jefe de la Nación; pero, al fin, se resolvió, y desde ese momento, las doce y media del día, quedó revestido con el carácter de Presidente provisional.

Aprehensión de Gustavo Madero

El champagne burbujeaba en las finas copas de bacarat y los brindis y las promesas de fusilar á todos los elementos hostiles al maderismo, salían de los labios del hombre más activo del grupo, el Sr. D. Gustavo Madero, hermano del señor Presidente de la Re-

poblica.

Día á día habían repetido aquellas escenas de alegría en medio de la ciudad consternada por el cañoneo de los combatientes. En tanto que el Ejército de destrozaba sirviendo á la legalidad en un abnegado gesto de patriotismo, allá, en el restaurant aristocrático de Gambrinus, D. Gustavo Madero apuraba el champagne que pone alegría en el alma y consumía con sus amigos los platillos deliciosos del menú del día.

Ignorante de lo que se había resuelto por el Senado, el hermano del Presidente Madero, comía alegremente cuando el señor General D. Victoriano Huerta, que ya había asumido el cargo de Presidente de la República,

Ilegó en un poderoso automóvil.

Momentos antes una escolta de veinte hombres de la Guardia del Bosque de Chapultepec, se apostaban en la calle para hacer una vigilancia que no tuvo para el público nada de estraña en aquellos momentos, pues se veían constantemente grupos de soldados que se detenían en las bocacalles para cumplir consignas determinadas por sus jefes.

El General Huerta subió al departamento donde se hallaba D. Gustavo y lo saludó



afablemente, retirándose enseguida. El acompañante del militar, señor General Delgado, quedó al lado del Sr. Madero, y también acompañaron á éste el General Yarza, nombrado más tarde Gobernador del Distrito.

Los dos repórters que más se distinguieron durante la decena roja, los Sres. Leopoldo Zea y Zonzalo Espinoza, trataron de conferenciar con D. Gustavo y previeron desde luego que algo grave iba á suceder, pues todos los preparativos así lo indicaban.

Por teléfono y en compañía de un redactor de "La Nueva Era," los repórters lograron llamar al Sr. Madero al aparato desde una casa

vecina y pedirle una entrevista.

Estoy comiendo y charlando con el señor General Huerta—contestó D. Gustavo.

—Y añadió:—Al terminar podré darles algunas declaraciones.

Pocos momentos después el Sr. D. Enrique Cepeda, actual Gobernador del Distrito, que tenía una mano herida á causa del combate que se entabló en el Palacio Nacional, cuando se capturó á D. Francisco I. Madero, llegaba y subió hasta el comedor donde se encontraba D. Gustavo.

Por fin, el Teniente D. Luis Fuentes, uno de los oficiales más distinguido entre los que acompañaron en la campaña del Norte al señor General Huerta, subió con los hombres de la guardia de Chapultepec y empuñando la pistola se presentó en el comedor donde los políticos charlaban alegreente.

Antes se habían hecho todos los preparativos para despedir á la gente que estaba

comiendo en el mismo restaurant.

El Teniente Fuentes, encarándose con

D. Gustavo, le dijo que estaba preso y que se

entregara.

D. Gustavo tuvo el impulso de llevarse la mano á la bolsa de la pistola, pero entonces el oficial levantó su arma á la altura de la cabeza del prisionero:

-Estoy dado-dijo.

Entregó sus armas y se rindió.

Cerca de las diez y media de la noche, D. Gustavo Madero fué conducido al Palacio Nacional, en un automóvil amarillo, y escoltado por los mismos soldados que lo aprehendieron y acompañado de los Generales Delgado y Yarza.

Subieron estos militares al automóvil por una indicación del señor Oficial y entonces D. Gustavo se volvió á éste y le dijo:

-¿ Yo también, mi Teniente?

-Usted también, contestó Fuentes.

Al ver al Sr. Madero, una compacta multitul que se encontraba en las bocacalles empezó à rugir su odio contra el maderismo, haciendo responsable á D. Gustavo de todos los males que había sufrido la ciudad.

Los gritos de "Muera Ojo Parado," "Muera Gustavo Madero," "Mátenlo de una vez," "Queremos la cabeza de Ojo Parado,"

los repetian millares de voces.

Èstaba la multitud tan excitada, es posible que hubiera sacrificado al señor don Gustavo; por fortuna se evitó el sangriento espectáculo, por la entereza de los rurales y guarda-bosques, que se negaron á entregar al preso á la multitud.

Los gritos insultantes contra el Gobierno y los vítores al General Huerta, que venía a resolver la situación favorablemente para la





El Presidente Huerta y su Gabinete.

INEHRM

Instituto Nacional de Istudios Históricos de las evoluciones de México paz y la tranquilidad de la ciudad, se escuchaban durante el trayecto que recorrió el automóvil á Palacio.

El señor Madero vestía saco y chaleco grises, pantalón á rayas y cubría su cabeza con una gorra gris.

lba densamente pálido.

Al llegar á Palacio fué encarcelado en la Comandancia Militar y poco después se le sacó

para reducirlo á la Ciudadela.

La actitud del grupo de felixistas que estaba en esta fortaleza, fué de entusiasmo cuando vieron que el señor Madero estaba en su poder. Gritos semejantes á los que se habían escuchado en la calle, lanzaron los defensores de la fortaleza, que pedian la cabeza del prisionero para vengar al señor General Ruiz y, á tantos desventurados que habían sido sacrificados en el combate del primer día.

El señor General Díaz no quería ceder á lo que pedían sus soldados, pues encontraba al prisionero completamente vencido, vacilando por temor de ser sacrificado en la fortale.

za felixista.

En estas circunstancias el preso, fué enviado á otro departamento, cuando ocurrió un accidente que parece obscuro todavía, pero que la generalidad considera como perfecta-

mente premeditado.

Es el caso que al cruzar el señor Madero con sus guardianes la plazoletea donde se levanta la estatua del Generalísimo Morelos, alguien que se cree fué el asistente del General Mondragón, disparó su arma sobre don Gustavo.

Este, al escuchar la detonación, trató de huir para protegerse en unos carros de artile-

ría que se encontraban próximos, pero en aquel momento varios soldados dispararon sus armas sobre el prófugo, que quedó muerto después de recibir un primer tiro que lo hizo rodar

por el suelo herido.

Mucho se dijo de la poca entereza que tuvo el señor don Gustavo Madero para recibir la muerte, pues que parece quería justificar su actitud declarando que no era nada en el Gobierno; que no tenía culpa alguna en lo ocurrido; pero eso no nos consta y como nuestra labor no va dirigida á herir á nadie, y menos á los vencidos, no insisteremos en ello.

Lo que sí es un hecho indiscutible es el odio que profesaba una gran parte de la opinión pública al señor don Gustavo Madero. Se le hacía responsable de cuantos actos inícuos cometía el Gobierno y se le tomó siempre como instigador de su hermano don Francisco.

Parece que en este sentido la opinión estaba equivocada, pues en una ocasión refería el señor Senador don Jesús Flores Magón, enemigo de don Gustavo, al que esto escribe, que el hermano del ex-Presidente no tenía ninguna ingerencia en el Gobierno, y que, por el contrario, el señor don Francisco Madero trataba muy mal á su hermano cuando éste trataba de imponérsele.

La institución más odiada en nuestra historia, la Porra, sí parece ser obra de don Gustavo, según las declaraciones de muchas personas que tomaron parte en ella. El mismo señor Diputado Urueta confesó que existía la agrupación y que él (Urueta) formaba parte de

ella.

También sería inexplicable el progreso de ciertos individuos, como Solón Argiiello y,



otros, si no hubiera tenido ingerencia en la formación de la Porra, don Gustavo, al que vitoreaban constantemente. Se habló mucho de que el señor Madero ordenó que se ejecutara á sus enemigos políticos durante la decena roja.

La misma noche en que cayó muerto el señor don Gustavo Madero, minutos más tarde, era fusilado en el jardín de la fortaleza, el señor don Adolfo Bassó, Intendente de Pa-

lacio.

El señor Bassó se había jactado constantemente de haber disparado la ametralladora que causó tantas víctimas frente al Palacio Nacional y aseguraba que el General Reyes había

sido muerto por esos disparos.

El señor Bassó, viejo capitán de navío, murió recomendando á los soldados que lo fusilaron, dijeran que había muerto como un hombre. Momentos antes de que sonara la descarga que lo privó de la existencia, alzó el rostro hacia el cielo y buscó la Osa Mayor.

-No encuentro la Osa Mayor y, sin embargo, ya es tarde-dijo con la mayor sere-

nidad.

Y después, volviéndose á los que lo iban à ejecutar, añadió:

—Ahora sí muchachos, ¡Viva Méxicol...

Así murió aquel viejo marino,

Aprehensión de Madero y Pino

Las versiones relativas á que el 290. Batallón había defeccionado pasándose á las filas felicistas; los rumores insistentes de que más de cincuenta soldados habían sido fusilados en la Tlaxpana por incitar á la rebelión á su compañeros, se desvanecieron al saberse la llegada del batallón que comandara el General don Aureliano Blanquet, y que con tanto éxito peleara contra los zapatistas en los Estados de Morelos y México.

El General Blanquet, tan pronto como llegó á Tacuba, rindió parte de ello al Comandante Militar de la Plaza, General don Victoriano Huerta, el cual le indicó que sus fuerzas acamparan en la Calzada de la Tlaxpana y se transladara á la Comandancia para recibir ór-

denes.

El Jefe del 290., dejó el mando del batallón al Teniente Coronel Teodoro Jiménez Riverol, y se transladó á esta capital para conferenciar con el señor General Huerta.

¿Qué fué lo que se trató en aquella con-

ferencia?

Nadie lo sabe, pero es posible que los dos viejos militares hayan estudiado la situación del país, orillado á la catástrofe por el Gobierno.

El General Blanquet regresó á la Tlaxpana y ordenó á su columna el avance á la capital.

Los soldados fueron desfilando por las calles de San Cosme hasta llegar al Palacio

Nacional, en donde acamparon aquella noche.

El martes, el General Blanquet volvió à conferenciar largamente con el señor General don Victoriano Huerta, el cual le dió à conocer que quedaoa nombrado Comandante de la Plaza y Ministro interino de la Guerra.

El señor General Huerta, alzando la voz para dar una entonación de mando á sus pa-

labras, dijo al General Blanquet.

—Queda usted nombrado ministro interino de la Guerra y Comandante Militear de México.

—Yo no quiero nada para mí—contestó el señor General Blanquet

-Yo se lo ruego-repuso el General

Blanquet.

-No puedo aceptar-repitió Blanquet.

-Entonces se lo mando.

-Si es así, acepto.

A esas palabras los dos militares se abrazaron estrechamente y los que habían presenciado la escena prorrumpieron en aclamaciones de "¡Viva Blanquet!" "¡Viva el Presidente Huerta!"

Las guardias de Palacio fueron relevadas por soldados del 290. Batallón, por orden del señor General Blanquet, que ya se había hecho cargo del puesto que le encomendara el General Huerta.

Minutos antes de que esto se efectuara, cuando el señor General Huerta comunicó su determinación al jefe del 290. Batallón le habló apliamente sobre la difícil situación porque atravesaba la capital de la República; del desprestigio que México estaba adquiriendo en el extranjero; de las fatigas del Ejército y de su división por razón de partidos. La fra-

ternidad y unión del Ejército se desmoronaba siniestramente por un capricho del mandatario! ¡La solidaridad, conquistada después de tanta sangre, caía estrepitosacente por tierra!... El General Huerta le comunicó las indicaciones que le hubiera hecho la Cámara de Senadores para poner fin á esa angustiosa situación; le hizo ver los anhelos de paz de la República. El General Blanquet estrechó silenciosamente la mano del General Huerta, y vivamente emocionado le dijo: "Cuente usted conmigo."

El proyecto para derrocar al Gobierno maderista que había hecho correr ríos de sangre mexicana, desde las fronteras del Norte hasta las de Guatemala, á causa de esa sed insaciable de oro de una familia estaba formu-

lado.

Sè aprehendería al Presidente Madro, al Vicepresidente Pino Suárez y á sus Ministros; el General Huerta asumiría el mando de la Nación como Encargado del Ejecutivo hasta que tomara posesión al Presidente nombrado por el pueblo en las elecciones á las que se convocaría.

Todo estaba preparado, y el proyecto

debería ponerse en práctica desde luego.

El General Blanquet hizo llamar al Teniente Coronel Jiménez Riveroll, el Mayor Izquierdo y el Mayor Enrique González, los cuales acudieron ante su jefe. Este les dió instrucciones para que se presentaran al señor Madero y le exigieran su renuncia, así como al Vicepresidente de la República, Lic. Pino Suárez, y á los miembros del Gabinete.

En uno de los salones de la Presidencia, se encontraban deliberando el Sr. Madero, el Sr. Pino Suárez, los Ministros Lascurain, de Relaciones; Vázquez Tagle, de Justicia. Hernández, de Gobernación, y Bonilla de Fomento.

También se encontraban allí, el Capitán Gustavo Garmendia, nombrado hacía tres días Inspector General de Policía; los Capitanes Montes y Mariano Vázquez Schaffino y Casarín, ayudantes del Presidente Madero, y el Sr. Marcos Hernández, hermano del Ministro de Gobernación.

Inesperadamente se introdujeron al salón el Teniente Coronel Riveroll y los Mayores Izquierdoy González, acompañados de un piquete de soldados del vigísimo noveno Batallón.

El Presidente Madero se levantó de su asiento visiblemente nervioso y le preguntó al Teniente Coronel Jiménez Riveroll qué era lo que deseaba:

—El Ejército y la Patria le piden á usted su renuncia—contestó el segundo jefe del 290. Batallón.

El Presidente Madero, fuera de sí, replicó que quien le exigía su renuncia no era más que un traidor, pues él, Madero, había sido legítimamente electo por el Pueblo.

El Teniente Coronel Jiménez Riveroll llevaba instrucciones enérgicas y echó mano al brazo del Presidente Madero pidiéndole que se diera preso.

El Sr. Madero dió un paso atrás y sacó su revólver disparándolo sobre el Teniente Coronel Riveroll, que cayó muerto en el acto, en la mullida alfombra del salón presidencial, manando sangre en abundancia por las heridas que le causaran los provectiles. El Capitán Garmendia había cometido un acto análogo. Al arrojarse el Mayor Izquierdo sobre Madero para desarmarlo, cuando vióque trataba de sacar el revólver de la bolsa trasera del pantalón, fué tomado en brazos por Garmendia, quien, teniéndolo dominado, le disparó en un ojo, á quemarropa.

Los soldados, al ver caer heridos à sus jefes, apuntaron sus armas con dirección al grupo que formaban Madero y sus Ministros, é hicieron fuego en el acto, por órdenes del Mayor González. Cayó herido mortalmente el hermano del Ministro de Gobernación,

Marcos Hernández.

Aprovechándose de la confusión, el Sr. Madero huyó con dirección al elevador. Al tratar de escapar por la puerta de Honor, fué detenido por el señor General D. Aureliano Blanquet, quien le dijo:

-"Es usted mi prisionero."

-"No señor, yo soy el Presidente de la

República"-replicó Madero.

En estos momentos se aproximó un Oficial del 290, al Sr. General Blanquet y, cuadrándosele militarmente, le refirió que habían matado al Teniente Coronel Jiménez Riveroll y al Mayor Izquierdo.

—"Ha matado usted, á mi brazo derecho, dijo el General Blanquet, mirando al Sr. Ma-

dero severamente.

ZY quién es su brazo derecho? preguntó el prisionero.

-Llévenselo repuso el General Blan-

quet con desdén.

-Máteme usted de una vez-gritó entonces Madero.

El Presidente depuesto fué introducido





Muertos en la hecatombe de la plaza.

INEHRM

más tarde en la Intendencia del Palacio donde se le dejó incomunicado con dos centinelas de vista.

Por los salones de Palacio se desarrolla-

Ministros, al ver que los soldados apuntaban sobre ellos, huyeron temerosos de ser muer-

Trataron de escapar, unos por la Secretaría de Guerra y otros por la puerta que da acceso al Cuartel de Zapadores.

dados del 290. Batallón, apostados en los sitios de salida.

Los únicos que pudieron huir fueron el Capitán Gustavo Garmendia y el intendente Bassó; del primero se dice que durante los días que fungió como Inspector de Policía cometió innumerables atropellos con los que le "parecían felixistas," y que fué el que ordenó más de setenta ejecuciones en el interior de las comisarías.

El Ministro de Gobernación, Lic. L. Rafael Hernández, quedó en libertad bajo su palabra de honor, sucediendo lo mismo con los otros Secretarios de Estado.

Al pasar el General Rubio Navarrete por la estancia donde estaba detenido el Presidente Madero, éste le preguntó:

- Qué à usted también lo hicieron

preso?....

¿Yo por qué?—repuso el Comandante de la Artillería.

Tresident of the biases

La hora del triunfo

El espíritu decaído por diez días de interminable lucha; herido por la desesperanza, fustigado por el prejuicio, atormentado por el cuadro desgarrador que los ojos asombrados miraran, fué sacudido de manera súbita por una conmoción intensamente fuerte. Las campanas de los templos repicaban haciendo pública la victoria; el sol irradiaba sobre la ciudad é iluminaba el espectáculo de todos los habitantes de la gran urbe que salían á la calle y lanzaban gritos de entusiasmo.

El corazón no quería dar crédito á lo que los oídos escuchaban. Las campanas seguían

repicando á todo vuelo....

Se creyó en un principio que se trataba de un nuevo ardid de la porra, que en los días de lucha había desplegado toda su actividad; que la "maffia" maderista recurría al artificio de blasonar un triunfo falso con las "lenguas de hierro," y con las dianas de bandas y cornetas.

Nadie creía que, en efecto, el Gobierno había sido derrocado; pero el convencimiento llegó poco después, cuando corrió por todas las calles la noticia de que el Presidente Madero y su Gabinete habían sido capturados en el Palacio Nacional y que los jefes de la Ciudadela habían llegado á un acuerdo por el cual cesaba la lucha.

Las calles, que en días pasados fueran cruzadas por automóviles de guerra ó por los abnegados miembros de las humanitarias ins-



tituciones de la Cruz Roja y Blanca, fueron invadidas por multitudes alegres y bulliciosas que en medio de infinita algarabía vitoreaban á los Generales Huerta, Blanquet, Félix Díaz y Mondragón.

Alegres grupos de personas pasaban conduciendo los vehículos de alquiler y los particulares. Se abrazaban los desconocidos en plena vía pública, felicitándose, riendo y llo-

rando de alegría.

De millares de gargantas se escapaban

gritos de entusiasmo.

Por la ciudad, poco antes regada de cadáveres, silenciosa y sobrecogida por el terror, iban ahora millares de personas que se detenían á contemplar los desperfectos sufridos, á vitorear á los rebeldes de la Ciudadela, á ver las habitaciones que habían abandonado en los sitios de más peligro. El miedo colectivo se trocaba en inmensa alegría.

Por la Avenida de San Francisco la multitud se desbordaba. La noticia de la caída del Gobierno Maderista llegó hasta los hogares más humildes, y era acogida con verdaderas

demostraciones de regocijo.

¡Ya tendrían paz, después de tantos días de guerra! ¡Ya podrían vivir tranquilos, pasadas tantas horas de sobresalto!

Y, á medida que el tiempo transcurría, las calles se veían más concurridas. En los edificios de extranjeros ondeaban las banderas de todas las naciones.

Estandartes con inscripciones alusivas, eran leídos con verdadero interês; y pasaban majestuosos por encima de millares de cabezas.

Frente al Palacio Nacional la muchedumbre aplaudía frenéticamente á los generales Huerta y Blanquet, que desde uno de los balcones de la Comandancia Militar presenciaban aquella manifestación de simpatía de un pueblo que se consideraba alejado del peligro de perecer.

Antomóviles llevando á bordo á los representantes de los países extranjeros salían de palacio, y los diplomáticos eran también objeto de las demostraciones de simpatía del pueblo. D. Bernardo de Cólogan y Cólogan, visiblemente conmovido, daba las gracias estrechando muchas manos que efusivamente estrechaban la suva.

En medio de una algarabía ensordecedora el señor General Huerta se dirigió al pueblo, diciéndole que ya habían cesado las hostilidades, que la paz sería un hecho; que ya podía renacer la paz en los espíritus y la tranquilidad en los hogares, y que al día siguiente ya se podrían reanudar los trabajos interrumpidos desde el domingo nueve.

La voz del viejo militar que comandara la división del Norte, que batió á los rebeldes fronterizos, temblaba por la emoción. Exhortó al pueblo para que se condujera con orden y prudencia, coadyuvando de esta manera al restablecimiento de la paz. Ya para terminar, dijo que pondría desde luego en libertad á los aspirantes y soldados felixistas que estaban prisioneros. Los aplausos se multiplicaron, y los vítores á Huerta y Blanquet fueron ensordecedores.

-¡Viva el 290. Batallón! ¡Viva el general Blanquet! ¡Viva Félix Díaz! ¡Viva el ge-



neral Huerta! se escuchaba por todas partes. La banda del 290. Batallón salió de Pa-

lacio batiendo dianas, enmedio de delirantes ovaciones.

En todos los rostros se miraba la alegría; en todos los ojos había un reflejo de infinito

regocijo.

La banda recorrió varias calles, y las notas triunfalmente dulces de la diana, quedaban tremolando en el espacio como un anuncio de paz.

El corazón se sentía conmovido y se veian por muchas mejillas pálidas correr tímidamente dos lágrimas, como líquidas perlas.

Frente al Restaurant Gambrinus, la muchedumbre rugia su furia, sedienta de venganza. Pero los sentimientos nobles vencieron

ese deseo de sangre.

La noticia de que el general Huerta asumía el mando del Poder Ejecutivo, fué enviada á los rebeldes de la Ciudadela. El general 'Angeles, con sus cañones emplazados en la calzada de la Teja, había cesado ya de hacer

fuego sobre los rebeldes victoriosos.

Grupos de militares, á su paso por las calles, eran vitoreados y aplaudidos. Una numerosa manifestación recorría las principales arterias de la ciudad, llevando grandes cartelones con distintas inscripciones: "¡Paz!" "¡Viva el general Díaz!" "¡Vivan los generales Huerta y Blanquet!" "¡Viva la Paz!"

De Palacio á la Ciudadela iban y venían los manifestantes, sin decaer ni un momento

su animación.

La noche empezaba à tender su manto de tiniebla sobre la ciudad de los Palacios. Al pasar la manifestación por el edificio que ocupara el periódico órgano del Partido Constitucional Progresista, "Nueva Era," se lanzaron mueras á sus redactores y varias piedras rompieron cristales. Alguno sugirió la idea de prenderle fuego al periódico que, con su vocabulario soez, no respetara ni la dignidad de una dama, y la idea fué acogida con beneplácito. Se colocó combustible en las puertas y se prendió fuego al edificio.

La obscuridad era absoluta por aquella zona de la ciudad, pues los cables de la luz eléctrica habían sido destruidos durante el bombardeo. Pronto, entre los gritos de júbilo de los soldados, las llamas lamieron las paredes del periódico porrista y empezaron á consumir todo lo que á su paso encontraban. Y el resplandor rojizo del incendio se miraba á grandes distancias. Las llamas parecían llegar al cielo.

Mientras tanto, por otras partes de la ciudad, el entusiasmo continuaba en su apogeo. Las manifestaciones se sucedían unas á otras.

En las esquinas de las calles apareció pegado el siguiente manifiesto del señor general de división don Victoriano Huerta:

AVISO.

En vista de las circunstancias dificilísimas por que atraviesa la Nación, y muy particularmente en estos últimos días la Capital de la República, la que, por obra del deficiente gobierno del señor Madero, bien se puede calificar su situación casi de anarquía, he asumido el Poder Ejecutivo, y en espera de que las Cámaras de la Unión se reúnan desde luego, para determinar sobre esta situación política actual, tengo detenidos en el Palacio Nacional al señor

Francisco Madero y su gabinete, para que, una vez resuelto ese punto y tratando de conciliar los ánimos en los presentes momentos históricos, trabajemos todos en favor de la paz, que para la Nación entera es asunto de vida ó muerte.

Dado en el Palacio del Poder Ejecutivo,

á 18 de Febrero de 1913.

El general Comandante Militar encargado del Poder Ejecutivo.

V. HUERTA.

¡La hora del triunfo había llegado!....
En la Ciudadela, la noticia fué recibida
con verdadero júbilo. En los rostros de los valientes defensores de la Ciudadela, quemados
por el sol y ennegrecidos por la pólvora, se dibujaba el gesto de la victoria, que coronaba el
esfuerzo con el derrocamiento del régimen maderista.

Las escenas que se desarrollaron en el interior de la fortaleza fueron del más grande entusiasmo. Los defensores de ella se abrazaban efusivamente; llegaron las familias de los combatientes y hubo escenas conmovedoras.

Se lanzaban vivas á los jefes del movimiento que derrocara á la administración maderista, y muchas armas fueron disparadas at

aire en señal de regocijo.

¡La hora del triunfo había llegado!... El señor general Díaz y el señor general Mondragón, recibieron la noticia de que el govierno maderista había caído, por enviados del señor general Huerta.

La muestra de mayor desinterés que dió la revolución encabezada por el general Díaz, fué la alianza que celebró desde luego con los soldados que, después de haber permanecido fieles al gobierno, decidieron resolver la situación con la captura del señor Madero y de los miembros más prominentes de su familia y de su administración.

El siguiente documento, en forma de manifiesto, circuló, corroborando el que había publicado anteriormente el señor general Huerta:

"Al pueblo Mexicano:

"La insostenible y angustiosa situación por la que ha atravesado la capital de la República, ha obligado al Ejército, representado por los suscritos, á unirse en un sentimiento de fraternidad, para lograr la salvación de la Patria, y, como consecuencia, la Nación puede estar tranquila; todas las libertades, dentro del orden, quedan aseguradas bajo la responsabilidad de los jefes que suscriben y que asumen desde luego el mando y la administración en cuanto sea preciso para dar plenas garantías á los nacionales y extranjeros, ofreciendo que, dentro del término de setenta y dos horas, quedará debidamente organizada la situación legal.

"El Ejército invita al pueblo, con quien cuenta, á seguir en la noble actitud de respeto y de moderación que ha guardado hasta hoy; invita, asimismo, á los bandos revolucionarios á unirse, para consolidar la paz nacional."

México, Febrero 18, 1913. FELIX DIAZ. V. HUERTA.



Gendarmes muertos en la toma de la Oiudadela.

INEHRM

10 M

studies Historicos de las evoluciones de México

Toma posesión el nuevo Gobierno

Cerca de las ocho de la noche del mismo martes, se trasladó el señor General Huerta al Ministerio de Gobrnación, lugar donde se encontraba el señor General don Félix Díaz, con el objeto de conferenciar con él.

Más tarde, de la conferencia indicada, se levantó la siguiente acta, que se dió á conocer al público:

"En la ciudad de México, á las nueve y media de la noche del día 18 de Febrero de 1913, reunidos los señores General Félix Díaz y Victoriano Huerta, asistidos, el primero, por los licenciados Fidencio Hernández y Rodolfo Reyes, y el segundo por los señores teniente coronel Joaquin Mass é ingeniero Enrique Cepeda, expuso el señor General Huerta que, en virtud de ser insostenible la situación, por parte del Gobierno del señor Madero, para evitar más derramamiento de sangre y por sentimientos de fraternidad nacional, ha hecho prisionero á dicho señor, á su gabinete y á algunas otras personas; que desea expresar al señor general Díaz sus buenos deseos para que los elementos por él representados, fraternicen v. todos unidos, salven la angustiosa situación actual. El señor general Díaz expresó que su movimiento no ha tenido más objeto que lograr el bien nacional y que, en tal virtud, está dispuesto á cualquier sacrificio que redunde en beneficio de la patria.

Después de las discusiones del caso, en-

tre todos los presentes arriba señalados, se convino en lo siguiente.

Primero. Desde este momento se da por inexistente y desconocido el Poder Ejecutivo que funcionaba, comprometiéndose los elementos representados por los generales Díaz y Huerta, á impedir, por todos los medios, cualquier intento para el restablecimiento de dicho Poder

Segundo. A la mayor brevedad se procurará solucionar, en los mejores términos legales posibles, la situación existente, y los señores general Díaz y Huerta pondrán todos sus empeños, á efecto de que el segundo asuma, antes de setenta y dos horas, la presidencia provisional de la República con el siguiente gabinete:.

Relaciones: Licenciado Francisco León

de la Barra.

Hacienda: Licenciado Toribio Esquivel Obregón.

Guerra: General Manuel Mondragón. Fomento: Ingeniero Alberto Robles Gil.

Gobernación: Ingeniero Alberto García Granados.

Justicia: Licenciado Rodolfo Reyes.

Instrucción Pública: Licenciado Jorge Vera Estañol.

Comunicaciones: Ingeniero David de la Fuente.

Será creado un nuevo Ministerio, que se encargará de resolver la cuestión agraria y ramos anexos, denominándose de Agricultura, y encargándose de la cartera respectiva el licenciado Manuel Garza Aldape.

Las modificaciones que por cualquier



cosa se acuerden en este proyecto de gabinete, deberá resolverse en la misma forma en que se ha resuelto éste.

Tercero. Entre tanto se soluciona y resuelve la situación legal, quedan encargados de todos los elementos y autoridades de todo género, cuvo servicio sea requerido para dar garantías, los señores generales Huerta y Díaz.

Cuarto. El señor general Félix Díaz, declina el ofrecimiento de formar parte del gabinete provisional, en caso de que asuma la presidencia provisional el señor general Huerta, para quedar en libertad de emprender sus trabajos en el sentido de sus compromisos con su partido en la próxima elección, propósito que desea expresar claramente y del que quedan bien entendidos los firmantes.

Ouinto. Inmediatamente se hará la notificación oficial á los representantes extranjeros, limitándola á expresarles que ha cesado el Poder Ejecutivo, que se provee á su sustitución legal; que, entre tanto, quedan con toda la autoridad del mismo los señores generales Díaz y Huerta, y que se otorgarán todas las garantías procedentes á sus respectivos nacionales.

Sexto. Desde luego se invitará á tedos los revolucionarios á cesar en sus movimientos hostiles, procurándose los arreglos respectivos.

El general El general VICTORIANO HUERTA, FELIZ DIAZ.

El señor general Huerta y el señor general Díaz, quedaron encargados de todos los elementos y autoridades de todo género, conforme lo habían estipulado, en el acuerdo que celebraron el día anterior.

El miércoles apareció en varios periódicos de la mañana, la siguiente convocatoria, lanzada por un grupo de Diputados, para reunirse en la Cámara, con el objeto de deliberar:

"En vista de las gravísimas circunstancias por que atraviesa la Nación, atentos los acontecimientos verificados en esta capital y lo sucedido ayer, los diputados que suscriben, considerando indispensable y salvador para el país la reunión de ambas cámaras, y, en consecuencia, de acuerdo con las disposiciones legales vigentes, convocan á los miembros de ambas cámaras, para que hoy mismo, á las nueve a. m., ó tan luego como les fuere posible, se reúnan en la Cámara de Diputados para deliberar.

México, 19 de Febrero de 1913.

Armando Z. Ostos, Gonzalo Herrera, Manuel F. de la Hoz, Salvador Moreno Arriaga, Francisco de G. Arce, Manuel Villaseñor, Pablo Salinas y Delgado, Ignacio Peláez, Federico Villaseñor, Manuel Malo y Juvera, Moisés García, Querido Moheno, Albino Acereto, José Mariano Pontón, Luis Jasso, Eduardo Tamariz, Juan Galindo Pimentel, Prisciliano Maldonado, Luis G. Chaparro, Demetrio López, Angel Rivera Caloca, Antonio Domínguez Villarreal, Gonzalo Ruiz, José R. Azpe, Tomás Braniff.

Invitamos atentamente á los señores diputados que suscriben este documento; á mi vez, y cerciorado de las garantías que se nos ofrecerán, ruego á todos mis amigos obsequien la anterior cita.

Francisco Escudero.

Por la mañana se reunió en la Cámara

un numeroso grupo de señores diputados; pero como no se completara el quórum, no pudo efectuarse la sesión, acordándose llamar á los suplentes de los diputados ausentes.

Por la tarde, á las cuatro, se reunieron nuevamente los representantes del pueblo, y la sesión pudo llevarse á cabo, con el llama-

miento hecho á los suplentes.

Una comisión de diputados se acercó á los señores Madero y Pino Suárez, y les indicaron la conveniencia de que presentaran sus renuncias, en lo que estuvieron de acuerdo, prometiendo enviarlas á la Cámara, por conducto del Ministro de Relaciones Exteriores.

Minutos más tarde se dió cuenta, en la Cámara, con la renuncia presentada por los señores Madero y Pino Suárez, la cual estaba concebida en los siguientes términos:

"En vista de los acontecimientos que se han desarrollado de ayer á acá, y con el fin de facilitar la solución política de los graves problemas que actualmente preocupan á la Nación, hacemos, ante la Cámara de Diputados formal renuncia de los cargos de Presidente y Vicepresidente constitucionales de los Estados Unidos Mexicanos.

"Lo que comunicamos á usted para los efectos legales.

México, Febrero 19 de 1913.

"Francisco I. Madero.

"José María Pino Suárez."

"A los CC. secretarios de las Cámaras de Diputados. "Presentes."

Dicha renuncia pasó, para su estudio, á las comisiones segunda de Gobernación y se-

gunda de Puntos Constitucionales, las cuales dictaron en el sentido de que era de aceptarse. Puesto á discusión el dictamen, se aprobó por

mayoría de votos.

Las mismas comisiones, en su dictamen, proponían se llamara al señor licenciado don Pedro Lascuráin, Ministro de Relaciones, para que se presentara á rendir la protesta de ley como Presidente interino de la República.

El señor Ministro Lascuráin se presentó minutos después en la Cámara de Diputados, rindiendo la protesta de ley ante el presidente de ella, señor coronel Romero.

La secretaría dió cuenta con un oficio del señor Presidente Lascuráin, en el que daba cuenta á la Cámara haber nombrado Ministro de Relaciones al señor general Huerta.

Después de la lectura de este documento, fué leida la renuncia que del puesto de Presidente de la República, presentaba el licenciado Lascuráin, la que fué aceptada, previo dictamen de las comisiones de Gobernación y Puntos Constitucionales, quienes propusieron se llamara al señor general de división don Victoriano Huerta, para que protestara como Primer Magistrado de la Nación.

El señor general Huerta fué introducido al salón por una comisión de diputados. Vestía traje de etiqueta. Al llegar á la plataforma, estrechó la mano del coronel Romero, ante el cual rindió la protesta.

El señor general de división don Victoriano Huerta, era esperado á la puerta de la Cámara por un piquete de guardabosques del Bosque de Chapultepec y dos secciones de ru-

rales, las cuales le tributaron los honores de ordenanza.

El general Huerta se dirigió inmediata-

mente al Palacio Nacional.

Al día siguiente, jueves, protestaron ante él señor general Huerta, como secretarios de Estado, el señor licenciado Rodolfo Reyes, Ministro de Justicia; general Manuel Mondragón, Ministro de la Guerra; ingeniero Alberto García Granados, Ministro de Gobernación; ingeniero Alberto Robles Gil, Ministro de Fomento; licenciado Toribio Esquivel Obregón, Ministro de Hacienda; licenciado Jorge Vera Estañol, Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, é ingeniero Rafael Vázquez, Subsecretario de Comunicaciones, encargado interinamente de este despacho.

La solemne ceremonia de protesta fué presenciada por militares de la guarnición, vistiendo trajes de campaña. El acto terminó

cerca de la una de la tarde.

Cuando rindió la protesta de ley, como Ministro de la Guerra, el señor general don Manuel Mondragón, fué calurosamente aplaudido.

El señor licenciado don Francisco León de la Barra, rindió la protesta de ley como Ministro de Relaciones Exteriores, hasta el día siguiente, pues esperaba la contestación del Senado á la solicitud que envió á esa alta Cámara, pidiendo una licencia indefinida para hacerse cargo del puesto con que el señor Presidente de la República lo había distinguido.

Los nombramientos hechos por el señor general Huerta, para secretarios de Estado, causaron magnifica impresión en el público, que ha tenido oportunidad de conocer las cualidades de todos y cada uno de los miembros que forman parte del gabinete del señor Presidente Huerta.

Por la rapidez con que escribimos estas líneas, nos vemos impedidos de estudiar á cada una de las distinguidas personas que integran

el gabinete del Presidente Huerta

Desfile triunfal

Las fuerzas felixistas permanecieron en sus mismas posiciones el miércoles y jueves, en previsión de una posible intentona de levantamiento por parte de algunos elementos maderistas, muy escasos por cierto.

Los periódicos del viernes anunciaron, para la tarde de aquel día, el desfile de las tropas felixistas por las principales calles de la ciudad, hasta llegar al Palacio Nacional.

Desde las primeras horas de la tarde del viernes, una compacta multitud estaba situada en las calles de San Francisco y Avenida

Juárez, esperando el desfile.

Los balcones y fachadas de casas comerciales y particulares, estaban adornadas con banderas de todas las naciones. Los balcones y zaguanes estaban pletóricos de gente.

Como á las cuatro de la tarde pasaron, en carruajes descubiertos, los señores ministros García Granados, Vera Estañol y Robles Gil, por las calles de San Francisco, con dirección al Ministerio de Gobernación, para invitar al general Díaz á ir al Palacio Nacional.



Cerca de las cuatro y media de la tarde, el general don Félix Díaz y las fuerzas que con él estaban en el Ministerio de Gobernación, se dirigieron á la Ciudadela, con el fin de organizar la columna que habría de desfilar minutos más tarde.

Un inmenso gentío rodeaba el Ministerio de Gobernación, y al salir el general Díaz, fué delirantemente ovacionado, lo mismo que sus fuerzas.

En medio de ensordecedor clamoreo, el general Díaz llegó á la Ciudadela en los momentos que se organizaba la columna militar, que salió cerca de las cinco de la tarde de aquella fortaleza.

El aspecto que presentaban ese día las avenidas y calles más céntricas de la ciudad, era el de un día de fiesta nacional. Las banderas de los países extranjeros ondeaban majestuosamente en lo alto de los edificios.

Desde la Avenida de Bucareli hasta la esquina que forman las calles del Empedradillo y Avenida de San Francisco, no había un solo edificio sin adorno.

Después de dos horas de espera, cerca de las cinco y media de la tarde, se vió allá, á lo lejos, por la estatua ecuestre de Carlos Cuarto, una descubierta de alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes.

Desapareció el aburrimiento, y la gente se disponía á tomar el mejor sitio, para presenciar á su sabor el desfile.

Las ovaciones se sucedían unas á otras. Manos femeninas y delicadas aplaudían á los rebeldes de la Ciudadela; bocas jóvenes y frescas sonreían á los soldados; el entusiasmo era

desbordante y la alegría infinita.

Seguían á la descubierta de aspirantes á caballo, un alumno de este plantel, que portaba una bandera cubierta de negro crespón, en señal de duelo por las víctimas de la guerra; un grupo de nuestros típicos charros, jinetes en arrogantes caballos; detrás, caminaban lentamente automóviles pletóricos de militares y civiles que pelearon en la Ciudadela. Dos carruajes descubiertos, de la Presidencia, llevaban los retratos de los generales don Bernardo Reyes y don Gregorio Ruiz, enlutados con crespón.

Atrás iban varios coches particulares y automóviles, conduciendo grupos de personas que pelearon para derrocar al gobierno maderista; grupos de voluntarios, entre los que se encontraban individuos de nacionalidad española, y á la retaguardia, el cuerpo de artilleros y los regimientos de caballería y cuerpos rurales que secundaron el movimiento revolucionario.

De los bálcones y azoteas se arrojaban frescas flores á los victoriosos; la serpentina entrelazada iba de un lado á otro de la calle,

formando arcos de triunfo.

Una tupida lluvia de confetti multicolor, caía sobre la cabeza y hombros de los rebeldes.

La columna seguía su marcha con dirección al Palacio Nacional. Al primer regimiento de artillería seguía un grupo de obreros voluntarios que, desde el primer día de combate, estuvieron en lo Ciudadela. Iban también motoristas y conductores.

Un grupo de soldados del 290. Batallón

tomó también parte en el desfile, y á su paso por las calles fué calurosamente aplaudido.

Ya para terminar la columna iban los Generales Félix Díaz, Manuel Mondragón y Manuel Velázquez, rodeados de numerosos de sus partidarios.

Apenas la multitud, que se agolpaba en la Avenida Juárez, distinguió á los jefes del movimiento armado, prorrumpió en vivas y

aplausos.

Así continuó su marcha la columna que cerraban tres coches de la presidencia llevando á bordo á los Ministros García Granados, Vera Estañol, y Robles Gil seguidos de automóvi-

les y coches particulares.

La columna desfiló por los portales de Mercaderes y las Flores, pasando por el Palacio Nacional, desde uno de cuyos balcones el señor Presidente de la República, General de División D. Victoriano Huerta, presenciaba el desfile, acompañado de varios de sus Ministros, altos jefes militares y Ayudantes de su Estado Mayor.

La columna hizo un pequeño alto frente à Palacio, lanzándose vivas al General Huerta, al General Blanquet y á sus Ministros. Los soldados felixistas continuaron su marcha por

las calles del Reloj.

Llegó á la puerta de Palacio el señor General D. Félix Díaz, bajó del caballo, y acompañado de los Generales Mondragón, Velázquez, Lic. Fidencio Hernández y algunas otras personas, penetró al viejo Palacio de los Virreyes en medio de las aclamaciones delirantes de la multitud.

En el salón de recepciones se encontra-

ba el señor Presidente Huerta rodeado de numerosas personas. La sala había sido invadida por una multitud heterogénea, que lanzó vivas á los Generales Díaz y Huerta, cuando el

primero penetró al salón.

El General Huerta dió algunos pasos como para encontrar al General Díaz, y abriendo los brazos lo estrechó contra su pecho, diciéndole en medio de una intensa emoción que se había apoderado de los concurrentes: "Querido hermano y General: Quiera Dios, hermano, que no volvamos á presenciar espectáculos tan sangrientos como los que pasaron. Yo quiero que todos nos unamos para trabajar por el bien de la patria, por su pacificación, para hacer de ella un país grande y fuerte como el primero."

Los aplausos interrumpieron las últimas palabras del viejo militar; una vez repuesto el silencio, el señor General Díaz contestó en los siguientes términos al Sr. General Huerta:

—"Señor Presidente de la República: Nosotros no pensamos combatir más. Todos estamos en la mejor disposición de ayudarlo, y trabajaremos, señor General, por el engrandecimiento de la República."

El General Huerta abrazó nuevamente al General Díaz. Los aplausos y vítores eran

estruendosos, interminables.

En medio de aquella entusiasta manifestación, surgió potente el grito: "Consagremos un recuerdo á la memoria del General Reyes.

-"¡Viva el General Reyes!" prorrumpieron todos.

El General Díaz salió de Palacio, termi-

nada aquella significativa ceremonia, y acompañado de varios de sus partidarios se dirigió al Ministerio de Gobernación.

Los soldados fellxistas regresaron á la

Ciudadela para dejar allí sus armas.

M AD O

En las calles Anchas continuaba acampado el 70. Batallón. Los soldados, descansaban de la fatiga, acostados en la banqueta. En medio de la calle los fusiles permanecían mudos, formando "pabellones."



Muerte de Madero y Pino

El primer paso del Gobierno del señor General D. Victoriano Huerta, tenía que ser una medida radical para salvar al País de una posible revolución del grupo de maderistas que alzaban como pretexto para obtener sus fines, la bandera de la legalidad. La República exigía una medida radical, que apresurara la restauración de la paz y de la tranquilidad públicas y que quitara para siempre la amenaza del maderismo.

Tal vez se pensó en ejecutar á los señores Presidente y Vicepresident de la República por los hombres del nuevo Gobierno.

El caso es que los Sres. D. Francisco I. Madero y José María Pino Suárez, entregados como prisieneros á una escolta de rurales al mando del Mayor Francisco Cárdenas, para que condujera á la Penitenciaría del Distrito Federal, perdieron la vida en el camino. Hay dos versiones sobre la muerte de estos dos señores: una se refiere á que fueron fusilados por orden del Gobierno, que había estudiado en varios días el asunto, y la otra, que fué la oficial, que una partida de maderistas armados, al tratar de libertar al Sr. Madero, mataron á este y á su acompañante.

Los hechos de que fueron testigos presenciales algunas personas que nos los refirieron se desarrollaron de la siguiente manera:

Los Sres. Madero y Pino Suárez fueron sacados de su prisión á las once del día...

El Sr. Madero iba muy enardecido por

su prisión, pues su ánimo no llegó á decaer nunca, y el Sr. Pino Suárez se dió cuenta,

desde luego, de que iba á ser fusilado.

Parece que el Sr. Madero pidió que lo pasaran por la calle del Reloj, en su marcha hacia la prisión, aunque se asegura que no dijo absolutamente nada á sus custodios que se relacionara con algún deseo, sino que siguió llamando traidores á los jefes militares que habían dado el Golpe de Estado.

A los dos automóviles en que eran conducidos los prisioneros, subieron varias personas, algunas políticas, y al llegar á la Penitenciaría del Distrito Federal, en la parte posterior de la puerta del centro, fueron colocados el ex-Presidente y ex-Vicepresidente de la República en la pared y allí se les fusiló con to-

da rapidez.

Alguien nos asegura que por la precipitación que mostró el Sr. Madero para poder arengar á los soldados que iban á ejecutarlo, no fué fusilado formándosele cuadro, sino que se le dispararon varios tiros, de los que le tocaron únicamente dos en la cabeza.

El Sr. Pino Suárez sí fué fusilado en el trágico cuadro y recibió una descarga comple-

ta en el cuerpo.

El señor Presidente de la República, al recibir la noticia del fin de los dos prisioneros. convocó á un Consejo de Ministros, extraordinario, que se celebró á las doce de la noche, iy en el que se discutió mucho la forma en que se haría una investigación para estudiar la forma en que habían sido muertos los dos personajes más culminantes de la política en la pasada Administración.

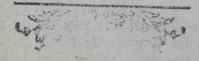
Todavía cuando escribimos estas líneas no se ha rendido un informe amplio sobre los acontecimientos.

Para poder recojer los cadáveres, la familia tuvo que hacer varias gestiones, logrando al fin que le fueran entregados cuando ya habían sido autopsiados y embalsamados.

Los restos de los dos hombres, que tuvieron en sus manos las riendas del país, descansan ya en el Panteón Francés y Español respectivamente.

La noticia de la muerte del Sr. Madero no causó muy grande impresión, ni movió al pueblo á demostraciones. Unicamente un grupo de gente de la más ínfima clase social y algunos obreros, lanzaron vivas al Sr. Madero cuando el cadáver era sacado de la Penilanciaría, que fué el sitio donde se hizo la autopsia.

Se dijo que el Cuerpo Diplomático se había indignado por la violenta muerte de los dos ex-gobernantes, pero eso no pasó de ser un rumor, aunque también se aseguró que el señor Ministro de Cuba fué llamado por su Gobierno; pero esta versión fué negada oficialmente más tarde.



We hat the